

CUADRO GENERAL DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS EN 1892



EN medio de las luchas religiosas que traen agitado al mundo en las postrimerías de este siglo, ningún hombre de buena fe desconoce la influencia cada vez mayor que sobre pueblos y Gobiernos ejerce la Iglesia personificada por su Pontífice. Amigos y adversarios reconocen su elevada autoridad moral, su clara inteligencia, y esa voluntad que se dirige lentamente, pero con seguridad, hacia un fin determinado, propuesto, después de prolongadas meditaciones, con ánimo imparcial y sereno.

Esta influencia del Pontificado y de la Iglesia romana se extiende á todos los Estados que siglos há sacudieron el yugo de Roma. En Inglaterra un obispo protestante, el Dr. Ryle, no vacila, al terminar una Memoria sobre la situación de la Iglesia anglicana, en decir lo siguiente:

«El peligro que amenaza es la reunión con la Iglesia de Roma! No pocos eclesiásticos declaran que desean esta reunión, y están dispuestos á renunciar á la Reforma. Muchos otros temo que son completamente indiferentes respecto á este punto, y no harían oposición de ninguna clase á la Misa y al confesonario.»

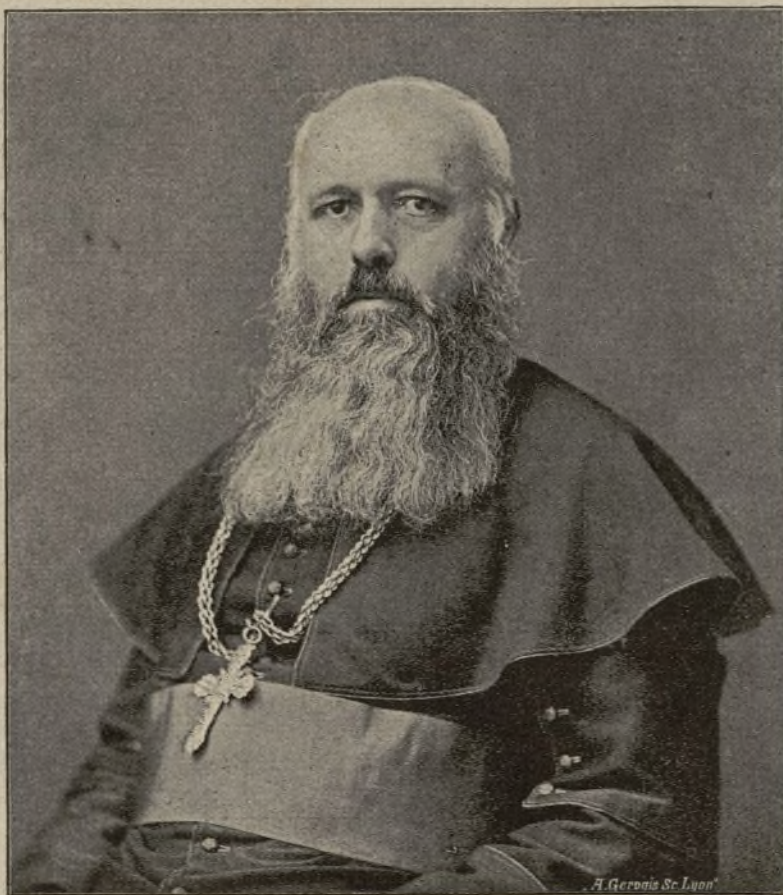
Para obtener estos progresos verdaderamente consoladores trabajó desde 1865 el ilustre cardenal Manning, arzobispo de Westminster, recientemente fallecido en el ósculo del Señor. Por su fe, lealtad y caridad supo atraerse la admiración de los mismos protestantes: el ardor verdaderamente juvenil con que aquel anciano de ochenta y cuatro años emprendió el estudio de los pavorosos problemas que entraña la cuestión social, le valió, lo mismo que á la Santa Iglesia, acrecentamiento de popularidad entre las clases obreras. Así es que su jubileo y sus funerales se celebraron con la mayor solemnidad en toda Inglaterra.

El ilustre prelado Herberto Vaughan ha recogido la herencia del eminentísimo Cardenal. El celo é inteli-

gencia del nuevo Primado de Inglaterra aseguran el éxito de su pontificado. Es un amigo ardiente de las obras apostólicas. De concierto con su venerable predecesor, había solicitado la instalación de los Oblatos de San Carlos en la diócesis de Westminster; más tarde instituyó una casa de las Misiones Extranjeras en Mill-Hill, la que se desarrolla paulatinamente, y encuéntrase en la actualidad en la situación más lisonjera.

Mientras que Holanda cuenta numerosas conversiones, aún entre los ministros protestantes, Dinamarca y Suecia han visto á los jefes de sus Iglesias investidos con la dignidad episcopal, y el Ilmo. Fallize nos anunciaba últimamente que el rey y las Cámaras han otorgado á los católicos la única cosa que han reclamado, la libertad religiosa.

Si franqueamos las puertas de Asia y damos una mirada á las ruínas acumuladas por el cisma, vemos con pruebas incontables que el despertar de estos pueblos, en otros tiempos tan privilegiados, se afirma aún ante los espíritus más prevenidos. Cierto que la marcha del apostolado es laboriosa y lenta; pero harto saben todos que es más difícil la conversión de un cismático ó hereje que la de un pagano. Plegue al cielo se confirme la vuelta en masa de los nestorianos al redil de la Iglesia



Ilmo. PABLO GETHALS, de la Compañía de Jesús, arzobispo de Calcuta
(Pág. 52)

católica. Esta será la gloria y recompensa del gran Pontífice que ya al principio de su reinado dirigió su primera mirada de amor hacia este Oriente que nos dió el Pesebre y el Calvario.

Penetremos más adelante, y en el Extremo Oriente, que ha costado ya tanta sangre, encontraremos como un conmovedor compendio de la historia de la Iglesia, historia que es una no interrumpida serie de sufrimientos y triunfos. Estos últimos los cuenta consoladores cada una de las Congregaciones que trabajan en una gran parte de aquel inmenso campo, y la Sociedad de las Misiones Extranjeras, que posee los vicariatos apostólicos más poblados, ha tenido la gloria de registrar treinta y ocho mil cien bautismos de adultos, cuatrocientas setenta conversiones de herejes, ciento ochenta y dos mil tres-

cientos setenta y seis bautismos de niños paganos. ¿No es también una victoria la tolerancia cada vez mayor concedida á la Iglesia en Corea, en las Indias y sobre todo en el Japón? En el Imperio donde se levanta el sol está ya instituída la sagrada jerarquía, y tres Obispos, bajo la primacía de un metropolitano, forman los fuertes sillares de una Iglesia que tiene que luchar contra los bonzos y la envidia de las sectas.

No les ha faltado el sello de la contradicción á aquellas gloriosas Iglesias. Contradicciones en el Tunkin, donde, á pesar de la bandera francesa y de la energía desplegada por los residentes, los piratas incendian y saquean á su sabor, y un numeroso partido rival emplea cuantos medios están á su alcance: mentiras, calumnias, amenazas, injusticias, expoliaciones y asesinatos á fin de multiplicar las apostasías; contradicciones en Cochinchina Septentrional, donde tomando pretexto de la conversión de individuos de la Real familia, recrudecen las persecuciones de todo género contra la Religión del «Señor del cielo;» contradicciones en Chiangsi, que evangeliza el Ilmo. Bray, lazarista, y en Mongolia, encomendada á los misioneros belgas. Allí dos mil cristianos han muerto víctimas de su fe: los otros vagan fugitivos por las desiertas montañas, y lejos de quejarse de sus desdichas, no cesan de repetir: «¡Obedecemos la orden de Dios!» Finalmente á un sacerdote indígena, el P. Lin, lo ataron desnudo al tronco de un árbol, y antes de cortarle la cabeza le abrieron el cuerpo para arrancarle el corazón, que se comieron los perseguidores. Trabajos, por último, en Japón, donde los terremotos han causado terribles estragos; en China, en las Indias, y finalmente en Ceylán, donde el hambre y el cólera han hecho multitud de víctimas.

En África, el inolvidable cardenal Lavigerie ha puesto el sello á la obra de restauración de la antigua metrópoli de Cartago. Esta archidiócesis, como es sabido, en 1885 fué dividida en tres arcedianatos, de Cartago, de Túnez y de Ruspra. En 26 de Febrero de 1892 el Primado de Africa obtuvo de Roma la dignidad episcopal para cada uno de sus arcedianatos. La antigua Iglesia de San Cipriano está reconstituída según reclaman las necesidades actuales.

Al mismo tiempo el ilustre Prelado enviaba á las poblaciones hasta entonces abandonadas de los oasis del Sahara, su primer obispo en la persona del Ilmo. Toulotte. Mientras, empero, que completaba así su grande obra africana, desencadenábase horrible tempestad en las Misiones de los lagos ecuatoriales, una de las más bellas concepciones de su genio. El feliz éxito con que Dios había recompensado el celo de los Padres Blancos, tiempo hacía que excitaba los celos de los ministros anglicanos, sus émulos menos afortunados en la empresa de conquistar para la civilización cristiana á los pueblos de Uganda. Con el propósito de poner término á los progresos del Catolicismo, no se retrocedió ante los medios más odiosos, y recurriéndose á la fuerza, la guerra civil ensangrentó la capital de Rubaga. Vencidos en lucha desigual, los católicos tuvieron que someterse á condiciones calculadas para comprometer seriamente el porvenir de la Misión. Sin embargo, por violenta que

haya sido la tempestad, no es de temer quede aniquilada esta naciente é ilustre Iglesia, cimentada en sangre de mártires.

En el momento en que escribimos estas líneas, otra Iglesia africana, la diócesis floreciente de Port-Luís, uno de los florones del mar de las Indias, repara las ruínas acumuladas por el ciclón del mes de Abril, que en pocas horas convirtió en un montón de escombros la populosa capital de la isla Mauricio, destruyendo las iglesias, los conventos y las escuelas levantados por la caridad de muchas generaciones de fieles. En medio de estas noticias desconsoladoras, un grito de gozo ha saludado el regreso á Verona del Rdo. Padre Ohrwalder y de las HH. Chincarini y Venturini, que estuvieron prisioneros diez años en poder de los mahdistas.

Si volvemos los ojos á la costa occidental de África, vemos á los misioneros de Dahomey sufrir las consecuencias de la guerra contra Behanzín. Felizmente, aleccionados por la experiencia, previniéronse con tiempo, y llevaron á las Religiosas á poblaciones fuera del alcance de S. M. dahomeyana. Al presente, gracias al valiente general Dodds, la paz está por fin asegurada, y la civilización cristiana va á florecer en aquella tierra en que tigres sedientos de sangre ofrecían sacrificios humanos á sus infames ídolos.

S. Ema. el cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore, acaba de atestiguar el estado floreciente del Catolicismo en los Estados Unidos. En 1790 había allí treinta y dos mil católicos: un siglo ha transcurrido, y ascienden ya á diez millones. Un Obispo, secundado por treinta sacerdotes, guiaba el rebaño fiel; hoy trece Arzobispos, setenta y tres Obispos, más de ocho mil quinientos sacerdotes, siete mil quinientas iglesias, cinco mil escuelas ó institutos instruyendo á innumerables niños, y la Universidad de Wáshington pone el remate á todo el sistema de educación; he aquí señales innegables de la vitalidad de la Iglesia.

No debemos asombrarnos, pues, si el Pontífice Supremo mira á América como uno de los más preciosos joyeles de la Esposa de Jesucristo, y si en el momento de la celebración del IV Centenario de Cristóbal Colón, une la voz del Vicario de Jesucristo á las aclamaciones del mundo, y hace el elogio del grande hombre, de su empresa y de la importancia de los beneficios que de ella resultaron. «A fin, pues, exclama al concluir el Papa León XIII, de que las fiestas que en memoria de Colón se hagan sean dignas y de acuerdo con la verdad, al esplendor de las pompas civiles debe acompañar la santidad de la Religión. Y así como en otro tiempo, al primer anuncio del descubrimiento del otro mundo se rindieron á Dios, providentísimo é inmortal, públicas acciones de gracias, siendo el primero en dar el ejemplo al Soberano Pontífice, así ahora, creemos deber hacer lo mismo al renovarse la memoria de aquel faustísimo suceso.»

Pronto lucirán los tiempos en que las Iglesias de Australia seguirán, si no las aventajan, á las de los Estados Unidos en su magnífico desarrollo. Innumerables islas

estremécense al anuncio de la buena nueva, y pueblos ayer todavía antropófagos, parecen olvidar su pasada crueldad, y piden misioneros.

Las laboriosas Misiones de Nueva Guinea han experimentado en el Ilmo. Verius una pérdida que sería para ellas un desastre, si Dios, aceptando el sacrificio del joven Obispo, no tuviese designios de misericordia sobre aquellos canibales, maduros hoy día para la civilización cristiana.

Los misioneros responden á la voz de los infelices salvajes; pero es preciso que la generosidad de nuestros bienhechores esté á la altura de la abnegación de los apóstoles; para que no pueda decirse que, cuando tanto dinero se emplea en frivolidades y en un lujo inútil, los hijos de Dios no se deciden á contribuir con algunas monedas á extender por do quiera la verdadera civilización y el reinado de Jesucristo. ¡Ojalá los pueblos que viven al sol de la Encarnación se constituyan á su vez en bienhechores de sus hermanos menos privilegiados, é imiten con su generosidad á Méjico, que se conmueve en favor de nuestra Obra á la voz de nuestros delegados los PP. Terrien, Boutry y Devoux! El Sumo Pontífice, al conceder los honores de la prelación al primero de ellos, el P. Terrien, ha querido aprobar nuevamente la comisión que les confiamos, y se ha dignado mostrar una vez más cuán gratas son y preciosas para su corazón las obras del apostolado.

LAS BODAS DE PLATA DE «LES MISSIONS CATHOLIQUES»

1868-1893

CON motivo del vigésimoquinto aniversario de su fundación, el Boletín oficial de la Obra de la Propagación de la Fe inserta en su primer número de este año el siguiente laudatorio Breve que ha recibido de Su Santidad León XIII:

«A nuestros queridos hijos los Directores, Autores y Redactores de LES MISSIONS CATHOLIQUES.—Lyón.

«LEÓN, PAPA XIII

«Queridos hijos, salud y bendición apostólica.

«Grato nos ha sido saber que ibais á celebrar en breve el vigésimoquinto aniversario de la fundación de vuestro Boletín semanal, y participamos del gozo muy legítimo y natural que os causa este acontecimiento, pues mucho tiempo há os profesamos todo el afecto de un general á una legión valiente digna de los más grandes honores. Plácenos, por lo tanto, renovaros la expresión de nuestra benevolencia y de nuestras felicitaciones por los piadosos y fecundos resultados que ha obtenido vuestra actividad, y por vuestras publicaciones durante este largo período. Queremos asimismo, amados hijos, exhortaros á continuar sin descanso en aplicar, como ya lo hacéis, todo vuestro celo y vuestra inteligencia á un trabajo útil para la salvación de las almas y el honor de la Religión. Suplicamos vivamente

á Dios derrame en vuestros corazones las luces de su sabiduría, y que guíe vuestros pasos en la dura senda que seguís, mientras afectuosamente os concedemos á vosotros todos en general y á cada uno en particular, la bendición apostólica.

«Dado en Roma, cerca de San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el 2 de Diciembre de 1892, año décimoquinto de nuestro pontificado.—(Lugar del sello).—S., card. VANNUCELLI.»

Al pie de tan satisfactorio documento, añade la Dirección del Boletín:

«Séanos permitido agradecer al grande y santo Pontífice León XIII esta nueva consagración otorgada á la obra que los Directores de la Propagación de la Fe, secundados por los misioneros, llevan á cabo hace veinticinco años. Bendecir nuestro Boletín semanal, alentar los humildes, pero perseverantes esfuerzos de una Redacción cuya ambición única es dar á conocer los trabajos de los apóstoles; desear á *Las Misiones Católicas* lectores cada vez más fieles y numerosos, es dar un precioso testimonio de elevada benevolencia al apostolado entero y á la grande Institución católica que es su providencia.

«Por nuestra parte, gozosos y complacidos por esta aprobación que el Pontífice Supremo se ha dignado concedernos, continuaremos dedicando á la obra que se nos ha encomendado todas nuestras fuerzas, nuestra actividad y aliento; teniendo la seguridad de que los misioneros tomarán á pechos acrecentar cada vez más con sus trabajos el interés de una publicación cuyo mérito les corresponde exclusivamente. Así les damos gracias por el pasado y por el porvenir...»

«Otras alegrías nos estaban reservadas en estas fiestas de nuestras bodas de plata. Su eminencia el cardinal Ledochowski, al transmitirnos el Breve del Padre Santo, se ha dignado acompañarlo con una carta muy lisonjera para nuestra Obra. Esta carta, dirigida al señor Director de *Les Missions Catholiques*, renueva á todos los Directores y Redactores, en nombre de la Sagrada Congregación, de la que S. Ema. es venerado jefe, los elogios concedidos por el Soberano Pontífice.

«Monseñor: Tengo el gusto de transmitir el Breve que Su Santidad se ha dignado dirigir á los Directores y Redactores de *Les Missions Catholiques* al ir á cumplirse el vigésimoquinto aniversario de la creación de este tan meritorio Boletín. Nada más justificado que esta prenda de la alta benevolencia del Padre Santo para con un periódico que divulga en las familias cristianas el conocimiento de las obras y de los sacrificios heroicos de nuestros admirables misioneros, moviéndolas eficazmente á asociarse, con el envío de su óbolo semanal, á la grande Obra de la Propagación de la Fe. Con el mayor gusto aprovecho la presente ocasión para tributar las merecidas alabanzas á la Redacción del expresado Boletín: su concurso ha secundado poderosamente la Obra de la Propagación de la Fe.

«Después de agradecer á los redactores de *Les Missions catholiques* el bien que han realizado hasta

«ahora, les exhorto á proseguir con vigor y constancia «siempre crecientes, y cordialmente invoco sobre ellos «las celestiales bendiciones.

«Ruego al Señor se digno colmaros de prosperidad.

«M., card. LEDOCHOWSKI, Pref.

«F. A., arzobispo de Larissa, Prosecretario.»

CORRESPONDENCIA

BENGALA OCCIDENTAL (Indostán)

Urgente necesidad de misioneros y capillas

Un Padre jesuita belga, misionero en Bengala, escribe desde Calcuta las siguientes noticias, acompañando un retrato, que reproducimos en la página 49, del ilustre Prelado de aquella archidiócesis:

DURANTE el año 1859 la Congregación romana de la Propaganda encomendó la Misión de Bengala Occidental á la provincia belga de la Compañía de Jesús; y en 1886, cuando se estableció la jerarquía católica en la India inglesa, el vicariato apostólico de Bengala Occidental fué transformado en arzobispado de Calcuta.

La diócesis comprende actualmente un territorio como siete veces el de Bélgica. De Este á Oeste mide seiscientos cincuenta kilómetros, y de Norte á Sud, desde el Sikkim al río Mahanaddi, setecientos setenta.

En esta inmensa circunscripción eclesiástica veintijn millones de hombres, casi la tercera parte de la población total de Bengala, vive bajo el cayado pastoral de un belga, el Ilmo. Pablo Goethals, de la Compañía de Jesús, nacido en Courtrai el 11 de Noviembre de 1832. El número de católicos pasa de 55,000, y hay 175 iglesias ó capillas.

El clero de la archidiócesis de Calcuta sólo se compone de Jesuitas belgas, excepto seis naturales de la India.

Parte de los miembros de este clero prestan sus servicios en las parroquias de Calcuta ó en los colegios, y los demás se dedican á la obra de las Misiones propiamente dichas, siendo verdaderamente admirable que no haya decaído el valor de estos operarios evangélicos á pesar de su corto número, pues entre los 141 Religiosos empleados en la diócesis, únicamente se cuentan 79 sacerdotes; los demás son 39 seminaristas más ó menos próximos al presbiterado, y 23 Hermanos coadjutores. De estos 79 sacerdotes, 22 están fijos en Calcuta, y 12 en Kurseong y en Darjeeling, quedando, por consiguiente, sólo 45 para las Misiones del interior. A pesar de todo, nótase ahora en estas Misiones, especialmente en las de Chota-Nagpore, un admirable movimiento de conversiones, confiándose que en breve habrá en esta provincia cien mil almas regeneradas por el Bautismo.

Como se comprende muy bien, los misioneros siendo tan escasos en número no pueden instruir en particular á los neófitos. Felizmente el catequista indígena centuplica las fuerzas del sacerdote. Conociendo á fondo al pueblo, y dándose perfectamente cuenta del nivel de su inteligencia, el catequista logra no pocas veces infundir

su cotidiana dosis de ciencia religiosa, mejor aún que el mismo misionero. Este puede por lo mismo dedicarse más por completo á la administración de Sacramentos en el *bungalow* donde reside, y aún visita lejanas poblaciones ya preparadas para oír su palabra y que aguardan su ministerio.

¡Ah! si en los centros populosos del interior de Bengala cada misionero tuviese á su disposición un centenar de catequistas, uno para cada pueblo, el país entero sería pronto suyo, y quedaría la obra apostólica seriamente fundada.

Por desdicha la cooperación de estos auxiliares cuesta anualmente de ciento veinte á ciento cincuenta pesetas, y el misionero no tiene en su poder semejantes sumas. Además hay que construir en cada población una capilla y una escuela, dar á los maestros el mismo salario que á los catequistas, pagar el gasto de los niños, socorrer innumerables miserias y subvenir á todas las obras cristianas de estas comarcas.

La mayor parte de estos indígenas no tuvieron hasta ahora sino miserables cabañas, donde se guarecían apenas contra la lluvia y los vientos; y hoy los mejor albergados cuentan con pequeños bungalows de ladrillos secados al sol.

Generosos bienhechores han dotado ya de capilla á más de un pueblo convertido. Por rústico que sea el aspecto de estas iglesias, levantadas á gloria de Dios en país antes infiel, son verdaderamente grandes, puesto que Jesucristo se digna bajar á ellas, y desde ellas todos los días sube al cielo la oración cristiana.

Estos sencillos oratorios cuestan, según sus dimensiones, ciento, doscientas ó quinientas pesetas. ¡Ojalá se multipliquen estos piadosos santuarios, y vengan nuevos operarios á trabajar en la viña del Señor!

FO-KIEN SUR (China)

Nueva Misión en la subprefectura de Hui-oa.—Fervor de los nuevos neófitos.—Epidemia en el vicariato.—Oficios de los misioneros en estos casos.—Instalación de las Beatas Terciarias de Santo Domingo dedicadas á la enseñanza.

El Rdo. P. Guillermo Burnó, de la Orden de Predicadores, escribe desde Emuy á su reverendo Padre Provincial:

MUY venerado P. N.: En la relación que el año pasado tuve el gusto de dirigir á su antecesor, le indicaba que al Norte de esta Misión, en la Subprefectura de Hui-oa, se había abierto la puerta al Evangelio entre los paganos y protestantes; y que habiendo enviado á un Padre misionero para explorar las buenas disposiciones de los adeptos, había vuelto entusiasmado por las felices aspiraciones que habia notado entre ellos. Por mi parte alabé al Dador de todo bien, pero, ingenuamente confieso, que no me entusiasmé; pues tengo probado que los primeros fervores son fugaces y pasajeros, y no es prudente confiar en ellos hasta no estar probados por el crisol de la tribulación, que es el sello de las obras divinas. Pocos ignoran lo que dice San Pablo: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur*. Esta es una verdad divina tan prácticamente cierta para mí, que jamás me ha fallado en treinta años que llevo de misionero.

Al poco tiempo de instalar entre los postulantes el catecumenado y preparar nuestros trabajos, por una niñada el infierno levantó una tormenta que trastornó la naciente cristiandad. Un chiquillo de los neófitos que apacentaba su carabao, se descuidó, y el animal hizo un daño insignificante en la sementera de un pagano, quien luego prorrumpió en imprecaciones contra el descuidado pastorcillo y los neófitos. Estos, demasiado tiernos en la fe y poco cimentados en los sentimientos de humildad y paciencia cristiana, respondieron al pagano en análogos términos. De aquí se siguió una contienda que pudo tener funestos resultados. El ofendido pagano invitó á los de su parentela á batirse con los cristianos y exterminarlos. Los neófitos, muy inferiores en número, tuvieron que sufrir mucho de la parte más fuerte, vién-

pedía al mandarín local que prestase sus buenos oficios de padre del pueblo para aplacar la discordia entre cristianos y paganos. El misionero intentó arreglar las paces por medio de un convenio; pero no pudiendo conseguirlo, porque los ánimos estaban demasiado enconados, se presentó al mandarín con la referida carta. El misionero católico fué bien recibido por el ilustrado discípulo de Confucio, si bien soltó una frase irónica, diciendo, «que los cristianos eran vasallos del Imperio, y por lo tanto estaban sujetos á las leyes patrias.» El misionero contestó, que no pretendía eximir á los neófitos de la ley común, cuando él mismo se sujetaba á ella en todo lo que no era contraria á la ley de Cristo y su Iglesia, y que el señor cónsul sólo le pedía en nombre de los tratados, que los cristianos fuesen juzgados



TÚNEZ.—Acueducto romano de Zaghuán, en Cartago. (Pág. 63)

dose obligados á acudir al señor Vicario apostólico para no ser aplastados por sus contrarios.

En estos litigios los misioneros tienen que padecer lo indecible, so pena de abandonar las nuevas cristiandades á una ruína casi cierta; porque estos chinos son impertinentes en sus pendencias, y los paganos, que no distinguen entre negocios civiles y religiosos, luego tiran contra la Religión cristiana, cuando los adeptos de ésta, faltando quizás á los principios de sana moral que ella les inculca, tienen con ellos cualquier reyerta.

Nuestros neófitos acudieron al señor Vicario apostólico, pintándole las cosas como saben hacerlo estos asiáticos; mas el prudente Prelado, sospechando lo que habría, envió al Padre misionero de Emuy con una carta oficiosa del señor cónsul general de España, en la que

según justicia, como lo son los que se denominan «no cristianos.» El mandarín prometió componer el negocio, y lo cumplió honradamente. Al mismo tiempo contestó á la carta del señor cónsul en los términos siguientes: «El cielo cubre indistintamente á todos, y la tierra benéfica ofrece sus dulces frutos para sustento de todos los mortales. A todos he de tratar con justicia y equidad sin acepción de personas. Confíe el muy noble Cónsul de *Icepañea*, que los cristianos serán tratados con toda la justicia que su causa merece, dándoles la razón en todo aquello que la tengan.» Las paces se firmaron por ambas partes, y aunque los paganos retrocedieron en un principio, mas por temor al castigo volvieron al buen camino, y perseveran viviendo amistosamente con los neófitos. Estos se van instruyendo

en el Cristianismo, si bien no aparentan aquel primer fervor, como ya lo suponía. Mejor es que vayan cimentándose poco á poco en la sana doctrina; así podremos distinguir fácilmente quienes son los escogidos entre tantos llamados.

El señor Vicario apostólico desearía que se fijase allí un Padre misionero con su catequista, ya para dirigir la instrucción, ya para asegurarse de que perseveran en el bien obrar. Santo y justo es el deseo del señor Obispo; pero careciendo de personal, ¿qué hemos de hacer? Además, tener aislado un solo misionero no conviene, porque si enferma, no tendrá quien le asista, y carecerá de un compañero con quien solazarse y confesarse á su debido tiempo, quedando así expuesto á una nostalgia de corazón y de alma. Preciso es, pues, resignarse por ahora hasta que vengan mejores tiempos, y el Padre de familias *mittat operarios in vineam suam*. Esta forzosa dilación tal vez no parecerá prudente, pero si se tiene en cuenta que algunos neófitos han manifestado haber venido al Cristianismo, *non propter Jesum tantum, sed ut Lazarum viderent*, no por Dios solo, si que también por algo de interés, se convendrá en que es muy prudente esperar hasta que se purifiquen de los afectos terrenos y desvanezcan las apreciaciones erróneas. Entre tanto no faltará un misionero que, á temporadas, pase á visitarlos é instruirlos, aunque distan cuatro días de Emuy, y el viaje, parte por mar, parte por tierra, es penoso y caro.

Hacia poco tiempo que el P. Ontoria había bajado de aquel punto y tuvo que marchar á otra cristiandad distante dos horas de Emuy. Los paganos en escuadrón cerrado arremetieron contra un neófito que se había refugiado en la capilla; le sacaron y maltrataron, dejándole mal parado. Los neófitos se alborotaron por el crimen cometido, é invocaron la protección del señor Vicario apostólico, quien con un oficio del señor cónsul, mandó al referido Padre para que hiciese las paces. El P. Ontoria, valiente é impertérrito, se presentó al mandarín de Tan-oa pidiendo justicia, quedando muy satisfecho de la buena recepción que obtuvo. La Autoridad despachó inmediatamente sus esbirros para arreglar el litigio, que aún no ha terminado. Por éste motivo aún no ha vuelto el Padre misionero, ni piensa volver hasta que triunfe la justicia; porque en China es preciso armarse de paciencia en los negocios para obtener un mediano resultado.

Esta naciente cristiandad está bastante animada de cristianos sentimientos, y ya han empezado á entregar sus ídolos tutelares, tan feos y horribles como el demonio que en ellos adoran. Como es pueblo ribereño, no falta entre ellos la diosa de la mar, llamada Macho-po, con sus dos ayudantes, el uno ciego, pero de oído finísimo, y el otro sordo, pero de ojos de lince, para avisar á la señora diosa, el primero los vientos que reinan en alta mar, y el segundo los escollos que hay en las costas. Niñerías propias de cabezas trastornadas; pero este pueblo idólatra está tan aferrado á ellas, que bien necesita las fervientes oraciones de las almas cristianas para que por su medio les abra *aures precordiorum suorum*, y conozcan al verdadero Dios.

¿Qué más podré, P. N., decirle de estos neófitos, que consuele su corazón en medio de las aflicciones que sen-

tirá al desempeñar su espinoso cargo en tiempos tan calamitosos? Que nuestros neófitos rezan continuamente é imploran el auxilio de la Madre del Amor hermoso, ya para sí mismos, á fin de que María Santísima purifique sus corazones de las prácticas idolátricas á las que se sienten como encadenados, ya para sus bienhechores que los proveen de ministros que les enseñan el camino de la salvación. El corazón se entenece al ver invocar á María, auxilio de los cristianos, á unos hombres que meses antes inclinaban su frente ante Belial, le quemaban pebetes olorosos, le ofrecían viandas y sacrificaban toda clase de animales. ¿Quién ha obrado una mutación tan radical? *Hæc mutatio dextere Excelsi*: la diestra del Excelso, que de corazones empedernidos ha formado hijos de Cristo, á quien sea dado honor y gloria por tantas gracias con que nos consuela y esfuerza en todas las tribulaciones de esta vida.

Y en efecto: si en el año antepasado fuimos atribulados, no lo fuimos menos en el pasado. Una peste de calenturas afligió á nuestras cristiandades del Sur de esta Misión, siendo pocos los que escaparon del azote. Hubo naciente cristiandad, donde el contagio se cebó de tal manera, que casi acabó con todos los neófitos. Era la diestra de Dios irritado, que, cual Padre amoroso quería castigar nuestras faltas y pecados. El que esto escribe lo probó en una larga enfermedad de fiebre maligna, *alias* tifoidea, que lo puso á dos pasos del sepulcro. También cayeron enfermos casi todos los seminaristas, y el Padre Provicario tuvo que remitirlos á sus familias. Refrescó la temperatura á principios de Septiembre, y volvimos á los estudios. Mas recrudeció la fiebre bajo forma diferente; se murió un estudiante que había vuelto sano y gordo, y viendo desanimados á los cinco restantes, me fué preciso remitirlos á Emuy para que no recayesen. El Seminario, como verá V. R., está situado en un lugar solitario y libre del bullicio, pero si se declara una epidemia, no hay más remedio que huir, porque carece de todo recurso humano. Hemos invitado á varios médicos para que se fijaran en el pueblo, y nadie quiere ir, porque dicen que se morirían de hambre, pues los montañeses se curan con las hierbas silvestres que cogen en los montes. Así, pues, en las enfermedades leves, el misionero tiene que hacer de curandero de los seminaristas, y en las complicadas enviar el paciente á su casa, si el caso da tiempo; y si no lo da, prepararle para una buena muerte. Con estas epidemias, los pobres adelantan poco en el estudio, y se disipa el espíritu de recogimiento y disciplina. Ellos mismos lo han conocido, por eso es, que no bien se hallaban algún tanto mejorados, querían volver al Seminario, aun con peligro de una recaída.

V. R. deseará noticias de nuestras Religiosas Dominicanas y del resultado de su instalación en esta Misión. Muy justo es su deseo, al que satisfaré diciendo que los resultados son placenteros, como V. R. verá cuando venga á visitarnos, según su promesa. Colocadas las Religiosas en la casa construida á principios del 89, luego recibieron gran número de niñas y postulantes indígenas á la Tercera Orden de nuestro Padre Santo Domingo. Edificados los cristianos de la fervorosa conducta de las Religiosas y de la prudencia de la Superiora, acu-

dieron más postulantas é ingresaron mayor número de niñas, de modo que llegaron hasta ochenta. Luego que me notificaron tan crecido número, me alarmé; porque si bien es verdad que debemos confiar y esperar todo de nuestro amantísimo Jesús, no debemos ser temerarios y aglomerar tanta gente, que en una epidemia la expongamos á morir como chinches. Las Religiosas dirán: «que es tan dulce el salvar almas, que fácilmente saltan por tales inconvenientes.» Muy bien hablan en su favor tales sentimientos, pero nuestro obsequio á Jesús ha de ser razonable, y no lo sería si permitiéramos morir á tanta gente, por un celo indiscreto. Además, los gentiles se apercebirían de semejante mortandad, y quizás se levantasen contra la Iglesia, negándonos las niñas que exponen, como ya sucedió en otra parte.

Por estos motivos me apresuré á pedir permiso á V. R. y al venerable Consejo de Provincia para prolongar la casa nueva con las limosnas que nuestros Hermanos los Padres curas de provincias y los de Manila me dieron para la Misión. Ya han sabido estos cristianos la peregrinación de mendicante que hice por esas islas, y la caridad con que nuestros Hermanos me trataron. Algunos no querían creer que fuéramos tan pobres en la Misión, que el Hueytío ó sea Vicario provincial, tuviera que andar de curato en curato, pidiendo una limosna por amor de Dios y nuestro Padre Santo Domingo; pero todos alababan á Dios y decían: *Kamsia Tien-chi*, gracias á Dios, porque así nos han socorrido. Y yo les añadía: «Vosotros debéis rogar á Dios por todos los bienhechores para que les pague su merecido. Es un deber de gratitud.»

ESTADO LIBRE DE ORANGE (África Austral)

Las Misiones de Basutolandia

El Rdo. P. Deltour, oblato de María Inmaculada, superior de la Misión de Roma, nos envía desde esta ciudad la siguiente carta acerca los progresos de la fe católica en Basutolandia, donde durante más de veinticinco años los ministros protestantes sembraron la cizaña, sin que pudieran oponérseles los verdaderos apóstoles del Evangelio:

RARAS veces doy á Vds. noticias de nuestras Misiones de Basutolandia, pues tan escaso es el fruto de nuestros sudores, que no nos atrevemos á parecer al lado de esos campeones del Evangelio que siembran por así decirlo las maravillas á su paso.

¿Qué decir, en efecto, de una Misión que, al cabo de veintiséis años de existencia, cuenta apenas tres mil neófitos? Sin embargo, es la porción de nuestra herencia en la Iglesia de Dios, y debemos contentarnos, ya que por lo menos nos libra del peligro de la vanagloria.

Contamos al presente doce Misiones, con ocho Padres, seis Hermanos y treinta y dos Religiosas de la Sagrada Familia, siete de ellas indígenas. Adelantamos lenta y trabajosamente, pues tenemos que luchar con el Paganismo y el Protestantismo. Los calvinistas de las Misiones evangélicas de París, establecidos en esta región más de treinta años antes que nosotros, al distribuir á manos llenas Biblias alteradas no descuidaron propalar las mayores calumnias contra la Iglesia

católica y su doctrina. Hay que tener en cuenta además que las prácticas del Protestantismo están en perfecta armonía con la naturaleza del café. Un indígena con una Biblia en la mano y vestido á la europea, en el fondo es tan pagano como antes, pero adquiere cierto barniz de civilización y se juzga superior al común de los mortales.

Tocante á moralidad y virtud, todos convienen en que el café protestante es inferior al café pagano, toda vez que el primero despliega más refinamiento en el mal; mientras que el último se deja arrastrar simplemente por los instintos del hombre animal, siguiéndose de ahí que es más fácil convertir á un pagano que á esos semicreyentes envanecidos que se creen sabios y están llenos de orgullo.

Preciso es confesar, sin embargo, que los protestantes se llevan la palma en materia de escuelas, no contando menos de ciento veinte en un país tan reducido. Muchas están muy bien dirigidas, y obtienen copioso fruto. Esto no excita en nosotros envidia alguna, pues no nos proponemos que nuestros neófitos sean unos sabios. La ciencia vuelve orgulloso al hombre, y ellos ya lo son hartos. Además, ¿en qué ocupar después á esos eruditos? *Fodere non valeo*: «No puedo trabajar», dirían. Con todo, es preciso ganarse la subsistencia. Las plazas de maestro de escuela no abundan, y menos aún las de intérprete del Gobierno. El comercio necesita pocos empleados en sus oficinas, y éstos de probada fidelidad. Todos estos empleos son muy solicitados por jóvenes blancos, y los negros no lograrían ciertamente la preferencia.

Es evidente, pues, que no debemos esforzarnos para que nuestros neófitos sean sabios, ya que el resultado no sería otro que convertirlos en parásitos. Para honra de la Religión necesitamos buenas escuelas, y para bien de los alumnos conviene mantenerlos en su respectiva posición. Esto es lo que me parece no han comprendido los protestantes, ó por lo menos no lo tienen en cuenta en la práctica.

El Protestantismo nos es más antipático que el Paganismo, pues los paganos no están imbuídos con las prevenciones de secta, y por la simple luz natural ven la verdad donde advierten el bien; y no cabe duda ven el bien, y el bien verdadero, en la Iglesia católica. En ella reconocen la abnegación y el sacrificio.

El mayor obstáculo para la conversión de los indígenas son los jefes, polígamos todos, y aferrados á sus supersticiones. Unos son enemigos de la Religión, y otros indiferentes: poco ó nada la favorecen en realidad. Todo lo más que podemos esperar de ellos es cierta benevolencia ó más bien tolerancia. En nuestra Misión de Roma, la más antigua é importante, la mujer y los hijos del jefe de nuestro distrito son católicos: el jefe visita con frecuencia á los protestantes, lo que no obsta para que venga alguna vez á Roma: entre nosotros se dice católico, y no creo incurrir en juicio temerario afirmando que entre los herejes se hace pasar por protestante. No nos favorece, pero tampoco nos daña, como pudiera con facilidad suma.

Nuestras relaciones con los jefes requieren exquisito tacto. Debemos contemporizar y atraérmolos cuanto

sea posible para impedir mayores males, pues todos nuestros trabajos y desvelos serían completamente estériles si los jefes contrariasen nuestra obra. En las condiciones presentes, los indígenas nunca se apartarán de sus jefes para ponerse á nuestro lado, pues carecemos de medios para protegerlos, mientras que aquéllos pueden perseguirlos de mil maneras. Así debemos revestirnos de paciencia si queremos hacer algún bien y conservar el terreno conquistado.

Tenemos en la actualidad en Roma mil doscientos fieles, que nos consuelan grandemente por los progresos que hace en ellos el espíritu de fe. La mayor parte se confiesa cada mes, algunos cada tres meses, y no pocos cada quince días. La Comunión reparadora de los primeros viernes reúne más de doscientos á la Sagrada Mesa. El mes último vi llegar jadeante á un infeliz anciano de ochenta años.

primeros gastos de instalación. Hemos cedido para talleres nuestros edificios existentes, que no respondían á las necesidades de una Comunidad religiosa, mientras la nueva casa se adapta perfectamente á las prescripciones de la Regla.

Lo que más nos duele ahora es que nuestra Misión carezca aún de iglesia, pues no merece tal nombre el local que cobija el Santísimo Sacramento y á los fieles; de tan pésimas condiciones que se cuele el agua por todas partes. El último domingo, sin ir más lejos, desencadenóse una tempestad mientras estaba en el púlpito, y tuve que interrumpirme para dar tiempo á que los fieles se agrupasen lo mejor posible en el sitio donde llovía menos. Es imposible reparar el techo; sería preciso renovarlo, y para esto substituir las paredes, que son simplemente de tierra: es decir, no hay otro remedio que construir una nueva iglesia. He expuesto nuestros apuros al vicario apostólico, Ilmo. Gaughrán; pero con



TÚNEZ.— Pilares del acueducto púnico. (Pág. 65)

—¿Qué hay de nuevo? le dije; parece vienes muy cansado.

—No hay más, Padre, me contestó radiante de gozo, siro que estando aún lejos oí la campana, y temiendo llegar tarde eché á correr, lo que no había hecho en muchos años; pero Dios me ha dado fuerzas, y heme aquí antes de que empieces la Misa.

Los ejercicios del mes del Santísimo Rosario se efectúan con entusiasmo admirable: nuestra iglesia se llena todos los días, y á pesar de que muchos tienen que andar dos horas, llegan para la Santa Misa á las seis de la mañana.

Merced á la generosidad del Gobierno inglés hemos construído una casa espaciosa donde albergarnos. Tiempo ha se trataba de fundar una escuela industrial para jóvenes, y el Gobierno favorecía este designio, prometiéndonos su concurso: al realizarlo nos ha entregado, en efecto, veintisiete mil quinientas pesetas para los

gran sentimiento suyo le es imposible socorrernos. El llamamiento á la generosidad de nuestros fieles ha sido casi nulo, pues están sumidos en la miseria. Reina el hambre á causa de la invasión de la langosta, que literalmente ha destruído las últimas cosechas. Con harto trabajo he reunido unas tres mil pesetas, y necesito treinta mil por lo menos si he de levantar una iglesia conveniente. Nada puedo esperar del Gobierno: cierto que ha construído una escuela industrial, pero nunca edificará una iglesia católica. Mis ojos se vuelven naturalmente á Europa, donde, si hay miserias en no corto número, la generosidad y la caridad se dan la mano para aliviarlas. La iglesia proyectada es de la mayor necesidad, pues por falta de un local conveniente nos vemos amenazados de interrumpir los actos del culto. Confío que las almas generosas nos auxiliarán con su óbolo; en cambio les prometo fervientes oraciones que por su bien elevarán al cielo misioneros y neófitos.

AMÉRICA MERIDIONAL

Los indios cristianos del Perú

Un Padre Redentorista, procedente de la familia Real inca, escribe lo siguiente:

Los antiguos habitantes del vasto imperio de los Incas son designados con el distintivo de indios ó indígenas, es decir: nativos dueños del país.

Hay dos clases de indios en el Perú: la primera la componen los cristianos católicos que viven reunidos en poblaciones ó diseminados en diferentes agrupaciones que se llaman estancias, anejos, haciendas: la otra porción la componen los salvajes, gentiles casi en su totalidad, y que viven diseminados en los bosques, prados, orillas de los ríos, siempre en viaje y de vida errante. Los reverendos Padres Franciscanos evangelizan á esos pobres infieles y van formando cristiandades.

La lengua que hablan en la actualidad la mayoría de los indios del Perú, comprendiendo parte de Bolivia, todo el Ecuador y parte de Colombia, por lo que hace á los cristianos es el kichua con sus diferentes dialectos; es decir, más de dos millones de indios cristianos, en algunas provincias del Perú y de Bolivia, hablan el aymará, lengua hermana del kichua por sus raíces comunes y gramática. Se disputa sobre cuál de las dos es la raíz, si el aymará ó el kichua: lo único cierto es que el kichua es más general.

Las tribus salvajes comprendidas en el Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia hablan diferentes idiomas, y algunas también el kichua.

Los historiadores dicen que fueron los incas quienes unificaron la lengua en este inmenso territorio que comprende desde Panamá hasta Chile: al paso que se extendía la conquista partiendo del Cuzco hacia los cuatro vientos, se extendía también el idioma imperial. Esto prueba un grado adelantado de civilización en la parte conquistadora; aun más, hicieron desaparecer por completo los diferentes idiomas patrios de las tribus conquistadas: al presente sólo se conoce alguna que otra palabra, por los nombres de los lugares, montañas, ríos, etc., que no tienen ningún significado en kichua.

Bastante adelantados estaban en la arquitectura, que conocemos por la solidez absoluta y grandeza y hermo-

sura relativa de los edificios públicos; por ejemplo, el Pucará y el Inca pirca en el Ecuador, el Sacsay Huamán. Inca huasi, Ollantay tampu en el Perú, son construcciones sólidas y que sin ser custodiadas, se conservan ya varios siglos, ni ceden á la injuria del tiempo: dícese que antes del Cristianismo no había pobres entre los indios del Perú; puede ser, si hemos de creer todo lo que dice el inca Garcilaso de la Vega, y otros historiadores más ó menos hostiles al Catolicismo.

Y al presente, ¿qué civilización tienen los indios? En cuanto á la civilización material, poco han adelantado respecto de vestidos, casas, labranza de la tierra, etc.: por lo que hace á la civilización moral, han ganado infinitamente, porque son cristianos católicos, apostólicos, romanos.

La fe que han recibido en el bautismo, cuyos misterios principales conocen por tradición de padres á hijos, la conservan íntegra, no obstante el continuo ataque

que sufren de parte de los ignorantes corrompidos, y de parte de los protestantes, no obstante el casi total abandono espiritual en que viven.

Desde el principio fueron oprimidos con un trabajo excesivo, y poco tiempo tuvieron para educarse, y si algo aprendieron fué merced, no al Estado, sino á la Iglesia, que por medio de sus misioneros los

adoptó como á pupilos, y los defendió hasta excomulgar á sus verdugos que les querían esclavizar. Al presente tanta revolución y charlatanería de progreso y civilización se reduce sólo á sacarles la sangre debajo de las uñas; y mientras la Iglesia no tome cartas en el asunto, no habrá cambio sólido y durable.

Entre los indios no hay suicidas ni grandes ambiciosos; ¿por qué? Porque ese es su carácter.

Son humildes, mansos, sufridos, resignados é inclinados, no á la melancolía precisamente, sino á la ternura y delicadeza de sentimientos. La mayor parte de sus cantares populares, que se llaman *yarabui*, *cacharpari*, son melancólicos y tristes.

Fruto de este carácter es la completa sumisión de los hijos á los padres, de la esposa al marido, de los feligreses al párroco y de los ciudadanos á las Autoridades: son agradecidos á cualquier beneficio que reciben, y saben recompensarlo. Un hecho: varias familias, antes muy ricas, han caído en la miseria; sus antiguos



TÚNEZ.—Jóvenes árabes y su asno. (Pág. 65)

sirvientes, en vez de abandonarlas, van á trabajar y conseguir recursos para sostener á sus patrones mendigos, y lo hacen por la gratitud de haber sido educados por ellos.

El respeto á los ancianos es indecible en todas las relaciones sociales: si un joven debe beber una copa, pide licencia al anciano, y la presenta para que la acerque al menos á los labios; sólo después de esa ceremonia la toma.

Al presente viven en casas pobres: los de las grandes poblaciones que están en contacto con los blancos, tienen sus casas ó de teja ó de paja, pero sus paredes son sólidas, y de adobe ó piedra: tienen llave segura por temor de los robos, que aumentaron las necesidades y exigencias de la civilización: los que viven lejos de las poblaciones y casi aislados, habitan en pequeñas chozas sin ninguna seguridad, por ser sólo de paja y sin paredes, porque el techo arranca desde los cimientos: ni tienen puerta segura ni llave. Yendo á confesar un enfermo que se escapó de miedo, pero al fin regresó, vi en el cuarto objetos de valor, como collares y rosarios llenos de moneda de plata, y pregunté que por qué no escondían esos objetos de valor, y me contestaron: «Señor, aquí no hay porque asegurar, puesto que nadie roba.»

En un pueblo puramente de indios, un infeliz tentado por el diablo robó un cordero: el dueño dió parte á la Autoridad: al saber las pesquisas que se hacían, el ladrón principió á temblar, y apenas llegó á su casa, la turbación y el susto dieron á conocer su culpabilidad y declaró su pecado: en la plaza pública castigaron los ancianos al que así deshonoraba á su raza y á su pueblo.

Por piedad filial y amor tierno, los hijos viven tan estrechamente unidos á sus padres, que es casi imposible separarlos de su lado. Si á los hombres se toma para soldados, en cualquier distancia en que se encuentren, lloran y dicen: «¿Y quién cuidará de mis padres? ¡Ay de mí! ¡no cerraré los ojos de mis padres cuando ellos mueran!» Algunos han muerto sólo de nostalgia, por pena de sus padres.

Una mujer casada, anciana, presenciaba la agonía de su viejo marido; era tanta la pena y dolor que sentía por la separación, que al momento se arrodilló á los pies de una imagen del Niño Jesús, y suplicóle, con verdadera ansia, le quitara la vida para morir junto con su esposo, y no quedarse sola en este mundo: tanto fué lo que lloró, que al cabo de tres horas espiró suavemente, y los dos fueron depositados en un mismo sepulcro.

En sus reuniones de familia para fiestas, como son matrimonios, bautismos, agricultura, etc., son muy simples y sencillos: toman mucha chicha, que en definitiva los embriaga.

En los matrimonios, hay algunas cantoras que, sirviéndose de metáforas, describen todo lo que tiene que padecer la recién casada, sus alegrías y trabajos; sobre todo la previenen y dicen: «Cuando tu marido, al volver del trabajo, esté ebrio y tendido en medio del campo y recibiendo la lluvia, tienes que ir á cuidarle, sentada junto al borracho, y aunque te derritas con la lluvia;» y en efecto, así lo hacen.

Si una mujer queda viuda, es digno de admirar el canto melancólico y rimado con que describe la vida que

los dos han pasado. Si el marido ha sido bueno, dice: «¡Ay! agua en mi sed, sombra en mi calor, descanso en mi fatiga; ya nadie me querrá ni me respetará.» Pero si el marido la maltrataba, entonces se desquita de palabra, diciendo: «Ahora, pues, valiente, maltrátame, hazme temblar, junto con mis hijos con esos gritos atronadores; esas manos frías, álzalas para arrancarme el cabello; esos pies hechos mármol, levántalos para seguirme y patearme; ¡ay! ¡con todo ya no tengo marido! y siguiendo así cantando á lágrima tendida delate del cadáver.

En corazones así, sencillos y naturalmente tiernos, la Religión echa profundas raíces, y hace practicar actos heroicos de virtud: son muy religiosos en principio, aunque en el obrar se equivocan por ignorancia y por malos hábitos consentidos, tolerados y disimulados: cuanto más gastan en la solemnidad del culto externo, tanto más se creen honrados y pundonorosos: hacen grandes sacrificios hasta enajenar sus intereses y libertad: hay algunos que saben aprovecharse de esa generosidad para comer sin medida y beber sin tino, hasta quedar tendidos como piedras.

Si el que celebra una fiesta no propina mucha bebida, entonces le insultan diciendo: «Pobretón, si no tienes con qué darme de beber hasta emborracharme, ¿por qué haces estas fiestas?» ¡Cosa singular, hacer consistir la solemnidad de una fiesta en el mayor número de ebrios!

Cuando en una de esas poblaciones se predicán los ejercicios de la Misión en su idioma patrio, se nota toda la sencillez y humildad de la fe; despiertan como de un sueño al calor de la palabra de Dios que les penetra hasta lo más vivo del corazón.

Las jóvenes que llegan á apreciar el estado de virginidad por la semejanza que las da con María Santísima, desean conservarse tales, y no pudiendo encerrarse en monasterios, van á la raíz, es decir, á Dios y á María Santísima, y piden de lleno la gracia de morir doncellas y pronto.

Decía una de ellas: «Tengo asco de casarme con ningún hombre; deseo casarme con Jesucristo, que nunca muere, ni me ha de maltratar.» Durante la Misión, permanecen día y noche en la iglesia, repasando ó estudiando la Doctrina cristiana en los compendios mandados hacer por Santo Toribio, ó dictados por los misioneros; hacen muchas leguas de camino para poder confesarse. En una Misión se presentó un indio de edad madura y medio desnudo; preguntado qué quería, dijo que quería confesarse. Después contó al misionero que se había escapado de noche de casa de su amo para venir á confesarse, en medio de fuertes lluvias, á pie, sin fiambre.

Le dijo el misionero si no temía volver á casa del amo. Contestó que no temía nada, aunque le mataran, después de la inmensa dicha de haber recibido á Jesucristo por la primera vez.

Cuando fui niño, asistí á varios sermones de oradores elocuentes que predicaban en castellano, delante de indios civilizados, y que entendían perfectamente el español; y oyendo corregir los vicios, decían á mi lado: *Huiracuchacuna pacmi caytaca riman, mana ñucanchicpacchú*: quiere decir: «Esto es para los blancos y no para

nosotros.» Una sola vez oí predicar en kichua cosas claras y fuertes; entonces todos estos indios civilizados se encogieron de hombros, y avergonzadísimos decían: *Cayca ñucanchi paemi*: quiere decir: «Esto sí que es para nosotros.» He aquí la razón por que nos hemos dedicado, con la gracia de Dios y el socorro de María Santísima, á reanimar la fe adormecida de los indios, predicándoles en su propio y materno idioma. Quiera Dios bendecirnos á todos.

FILIPINAS

Feliz conversión de todo un pueblo.

El Rdo. P. Saturnino Urios, de la Compañía de Jesús, desde el pueblo de Milagro, distrito de Surigao, escribe al reverendo Padre Superior de la Misión la siguiente interesantísima carta:

Como no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, según canta el refrán, ya estoy ahora viendo cumplirse mis deseos, sostenidos y acrecentados por tanto tiempo, de la cristianización del pueblo de Milagro. Era el año 1880 todavía, cuando me lo llegué á ver casi conquistado, cayendo empero luego todas mis ilusiones al verle volver, como fiera que no quiere dejarse enjaular, á sus miserables viviendas y salvajes costumbres. ¡Cuántos dimes y diretes, idas y venidas, trabajos y sinsabores desde entonces! Un año hace ahora que de nuevo los hemos ido preparando para el bautismo; y por fin, el día felicísimo de Noche Buena fué arrancado el pueblo de sus montes, en que vivían cogidos como la yedra al árbol. ¡Pobrecitos! ¡Cómo están retribuyéndomelo ahora todo con creces!

¡Aquel célebre orgulloso Mancahinlay, el de los tres nombres, y este pobre cazador de almas hemos hecho las paces! No ha habido en realidad vencido ni vencedor; ó mejor, los dos hemos vencido, porque él ha ganado la vida eterna, y yo he ganado su alma, y las de sus sácopes. Aunque, para hablar con más exactitud, de Dios es, ó de la divina gracia, esta victoria. Mis armas han debido ser esta vez gran paciencia y gran constancia; el bautismo de todo el pueblo es el gran triunfo.

La celebración de tan fausto acontecimiento debía prepararse con tiempo. Empecé haciendo atmósfera, como se dice, en Butuan y su comarca, y logré que todos los buenos tomasen en efecto interés por la suerte de Milagro. Eran necesarios regalos para mis pobres neófitos, y vestidos nuevos para presentarse decentitos al Santo Sacramento, y para que luego pudiesen acercarse sin vergüenza á los antiguos cristianos y hermanarse mejor con ellos. También logré hacerme con todo esto: se pidió limosna dentro de Butuan, y sus vecinos respondieron dignamente, hasta los chinos; se emplearon en prendas de vestir unas piezas de buena tela, que teníamos guardada tiempo había; y, en especial nos hicieron el gran papel para el caso los regalos y vestidos que el último año, como todos, nos enviaron (Dios se lo pague) nuestros bienhechores de Barcelona. Todavía más: para mayor lucimiento de la fiesta de Milagro invité á ella á buenas personas; y aún á familias de Butuan, que aceptaron gustosas, y á quienes encargué, además, que no fuésen con las manos vacías.

Es de advertir que no se trataba solamente de bautizar á los vecinos de Milagro, sino que en la dichosa fiesta habían de tener gran parte los pueblos de Amparo, Nieves, La Esperanza, Verdú y Remedios, en todos los cuales hay muchos neófitos que bautizar, lo cual haremos al volver río abajo de esta expedición.

Prevenido, pues, todo, y llegado el día, se armó y dió á la vela en Butuan una flotilla de ocho embarcaciones, que capitaneaba la mía llevando la bandera nacional desplegada al aire, marchando todas en rigurosa hilera. No parecía sino que íbamos á conquistar un reino, ó á tomar posesión de él; y algo de esto era, ó más que esto en realidad, considerando las cosas como la fe nos enseña. Al salir nos llevamos las miradas, los saludos y las bendiciones de todos, y sin duda también los corazones de muchos, que se hubieran juntado gustosísimos á nuestra expedición, para abrazar á los que iban á ser sus nuevos hermanos en Cristo Jesús. El mismo señor Comandante político-militar y su señora esposa no dejaron de saludarnos hasta perdernos de vista.

La primera noche acampamos en Amparo; terminamos la segunda jornada en Remedios, y pernoctamos al tercer día en campo raso, en una diminuta playa rodeada de gigantescos montes, á pocas horas ya de Milagro. Durante la travesía reinó entre los expedicionarios la caridad, la armonía y una santa expansión, que me recordaban el *cor unum et anima una* de los primitivos cristianos, haciéndose en común el rezo del Santo Rosario. En los puntos del tránsito fuimos acogidos con grande alegría y agasajo por los vecinos en general, y por los bautizados en particular, á quienes dejábamos esperando nuestra vuelta, como el campesino la lluvia en tiempo de sequía. No fué siempre cosa fácil desprenderse de aquellas muchedumbres, que con sus interminables obsequios y saluciones retardaron alguna vez notablemente la continuación de nuestro viaje.

Por fin á las once de la mañana del cuarto día llegamos á Milagro. ¡Qué recibimiento! Me pareció transformada la población, y sus vecinos me parecían otros. Todo el pueblo en masa acudió á nuestro desembarque, presidiendo el capitán Mancahinlay y todos los ministros de justicia. La recepción fué cortés y amigable; se echaron petardos y cohetes; se vitoreó en grande á España y al Sumo Pontífice, y (no quiero callarlo) también á Barcelona, cuando entendieron los pobrecitos que de allí, tan lejos, aquellos buenos cristianos españoles les enviaban tan hermosos vestidos.

Hoy hace tres días comencé á bautizar, inaugurando tan gustosa faena con ciento quince niños y niñas de varias edades. El haberlos separado de los casados y de los viejos obedece al mejor orden y facilidad, pues sabido es que se suele armar á veces no poca confusión entre padrinos, acompañantes y escribientes de las partidas, con detrimento de la solemnidad y decoro que la santidad del Sacramento requiere, y de la devoción é inteligencia de las ceremonias, que tanto edifica á los neófitos. El 26 bauticé á ciento veintisiete mujeres; y ayer á ciento ochenta y nueve hombres. También bendije ayer setenta y cinco casamientos. Esta mañana aun he bautizado á quince personas, y casado á tres parejas, coronando mis sagradas tareas con un acto de mucha compasión. Había entre estas gentes una mujer leprosa, muy apartada

de todo trato y compañía humana por temor de los otros al contagio de enfermedad tan asquerosa. Ni para catequizarla ni para nada han querido que se viese conmigo en casa alguna particular ni en la iglesia; y no he tenido más recurso que estar con ella solo en la plaza pública, á vista de todos, que desde las ventanas de sus casas nos estaban observando. Pues bien, la que de este modo á solas y en público había sido catequizada, así también á la faz del mundo entero ha tenido que ser bautizada. Puesta ella de pie y apoyándose sobre un grueso bastón, vestida de saya corta y muy raída, cubierta de la cintura arriba con harapos; por encima de este roto y sucio vestido se ha ido poniendo con mi ayuda otro nuevo y decentito, para recibir luego en lo interior de su alma la blanquísima estola de la gracia.

Santa Madre la Iglesia; el acontecimiento se ha solemnizado del mejor modo posible, y no entro en detalles por no alargarme más. Han sido éstos unos días de verdadera fiesta y regocijo popular. Ahora ya nos estamos disponiendo para la vuelta, en que iremos acabando de recoger la mies en los pueblos del tránsito, que todo en conjunto, con la de Milagro, será próximamente de unos mil cristianos. Este remate viene á coronar nuestros trabajos en el Bajo Agusan; perfeccionando aún la obra la fundación de Verdú, que se ha hecho un centro de población donde se recogen los alzados de toda la comarca desde Butuan á Guadalupe, y los muchos infieles del río Uaua, que han estado corriendo de aquí á Lianga, huyendo el cuerpo á los misioneros, que tanto bien les deseamos.



TÚNEZ.— Arco de triunfo en Zaghuán. (Pág. 66)

Recibido con íntimo gozo el Sacramento, y después una limosna, se ha vuelto transformada por dentro y por fuera á su casita solitaria, no sin que antes le haya exhortado eficazmente á la paciencia y conformidad cristianas en sus trabajos. Las emociones que he experimentado durante la ceremonia del bautismo V. R. las comprenderá bien, que tiene experiencia de ellas.

La primera instrucción de todos estos bautizando corrió por espacio de quince días á cargo de personas buenas de Butuan; de modo que al llegar yo no he tenido que gastar tanto tiempo para dejarlos bien preparados.

Tal ha sido, mi reverendo Padre Superior, la incorporación del pueblo de Milagro al gremio de nuestra

No quiero todavía poner fin á esta carta sin decir á V. R. que los cincuenta que voy á bautizar ahora en Remedios son procedentes de Milagro, ya radicados allí por temor al sanguinario cacique Mandumúcup. Es éste un valentón á la usanza de estos tiranuelos manobos cuya razón es su antojo, y su valor la astucia. Ha matado más gente de la que se necesita para vestir de riguroso traje rojo de pies á cabeza, y usar todos los distintivos que le acrediten de espadachín mayor. Viéndose perdido en cierta ocasión en manos de sus enemigos, pidióles por piedad que no le asesinasen, prometiendo entregarles algunas víctimas á quienes sacrificar como precio del perdón; y al efecto les dijo que el día siguiente podían ir á tal lugar, donde satisfarían su sed de san-

gre. De los designados eran, infelices, los cincuenta de Remedios de que le hablo, que no habiendo sido hallados en sus casitas, se libraron de la inicua traición de su tirano, y sabedores del caso no han vuelto ya más á Milagro.

Acabo, Padre Superior, rogando á V. R. que se sirva expresar mis sentimientos de la más viva gratitud y los de estos nuevos cristianos á nuestros bienhechores de Barcelona, diciéndoles el buen empleo que han tenido aquí esta vez sus regalos; y que así nosotros como estos sus nuevos hermanitos en Cristo, cuyas oraciones han de ser de especial agrado á Su Divina Majestad, quedamos rogándole que multiplique los bienes espirituales y temporales á esos fervorosos cooperatorios de los misioneros de Mindanao desde la Península, que tan buen uso hacen de los caudales que recibieron de Dios.

UNA EXCURSIÓN
POR GALILEA

(Continuación)

Prosiguiendo el Rdo. P. Agustín Azpiazu, M. O., la relación de su interesante viaje, escribe desde San Juan de Judea el 19 de Octubre de 1892:

DESCRITO ya el estado actual de *Silo*, continuaremos nuestro viaje por los hermosos campos de Samaria, refiriendo, si bien á la ligera, cuanto notable encontremos al paso. Dejando, pues, dicha ciudad, tomamos una senda entre estrechos barrancos, y al cabo de una hora llegamos al *Uadi-Luban*, valle de *Lubban*, camino directo á Nazaret. El pueblecito que allí se encuentra sobre una montaña, se llama *Lubban*, y corresponde á la antigua

Lebna, cuyos habitantes juntamente con su rey fueron pasados á cuchillo por Josué. Siguiendo el camino, en una hora llegamos á *Jan-es-Sauie*, especie de fortaleza para refugio de los viajeros, pero que se halla completamente arruinada. Más adelante, bajo la copa de una hermosa encina, descansamos un poco, y luego seguimos por un camino bueno hasta encontrar una pendiente tan escabrosa que los caballos apenas encontraban sitio

donde poner los pies. Allí cayó nuestro buen Ibrahim, maronita, con su cabalgadura; pero gracias al Señor, sin recibir daño. Terminada la peligrosa bajada, divisamos á unas tres leguas el monte *Garizin*, entre el cual y el *Ebal*, se encuentra *Naplusa*.

Caminando por aquellos fértiles campos samaritanos, llegamos al pie del *Garizin*, donde al lado de una cristalina fuente tomamos una refección, después de la cual nos dirigimos al célebre y sagrado pozo de la Samaritana, ó pozo de Jacob, *Bir Iacob*, situado en la llanura comprada por Jacob y legada por él á su hijo José. Estamos, pues, recorriendo el famoso campo de

Jacob, que le costó cien ovejas. A este campo solían venir los hijos de aquel Patriarca á apacentar su ganado; y á él fué enviado José por su padre para que le diese noticia de sus hermanos, y no hallándolos, tuvo que ir á *Dotain*, donde los encontró; pero ellos le vendieron á los madianitas, quienes lo transportaron á Egipto y le vendieron á su vez á *Putifar*, eunuco de Faraón ó maestro de la milicia.



TÚNEZ.—Una calle de Zaghuan. (Pág. 66)

Llegados al *pozo de Jacob* de la *Samaritana*, lo besamos con profunda veneración, recordando los pasajes de la Sagrada Historia referentes á aquel santo lugar. El Evangelio de San Juan en el capítulo iv nos dice: «Que Jesús llegó á la ciudad de la Samaria, llamada Sicar, vecina á la hacienda que Jacob legó á su hijo José; y que allí había el pozo de Jacob. Que Jesús cansado del viaje se sentó allí sobre el pozo: Y era cerca de la hora de sexta (medio día). Vino una mujer samaritana á sacar agua, y Jesús le dijo: «Dame de beber.» En gracia á la brevedad remitimos á los lectores al referido cap. iv de San Juan, que es uno de los pasajes más hermosos de la vida de nuestro Salvador.

El referido *pozo*, como dice el Sagrado Texto, es profundo, pero raras veces contiene agua, á causa de haberse cegado en parte por los escombros de las ruínas del templo que varias veces edificó la cristiandad y otras tantas destruyeron los impíos. Al presente sólo tiene unos veinte metros de profundidad. Lamentándonos del estado de aquel pozo digno de toda reverencia, seguimos nuestro camino por el campo de Jacob, y á los pocos minutos hallamos un santuario turco, dentro del cual se encuentra el sepulcro de José, hijo de aquel Patriarca. José murió en Egipto y allí fué enterrado; pero Moisés, cuando por mandato de Dios libró y sacó de Egipto al pueblo de Israel, llevó consigo los restos de José, según éste había hecho prometer á los hijos de Israel, diciendo: *Visitabit vos Deus: afferte ossa mea hinc vobiscum*: «Dios os consolará: transportad con vosotros mis huesos. (*Exod. xiii, 19*).» Y cuando llegaron á la tierra de promisión «sepultaron los restos mortales de José en una parte del campo que Jacob había comprado de los hijos de Hemor, padre de Sichén, por cien ovejas jóvenes, y fué después porción de la herencia de los hijos de José. (*Josue, xxiv, 32*).» El sepulcro de José en el campo de Sichén es tenido en gran veneración, tanto por los judíos y turcos como por los cristianos, así como el sepulcro de su madre Raquel, junto al camino y cerca de Belén.

Entramos ahora en un estrecho valle, entre el *Garizín* y el *Ebal*, y majestuosos montes que se enlazan por una y otra parte de Naplusa (Sichén). A la izquierda tenemos á *Garizín*, que se eleva dos mil quinientos sesenta pies sobre el nivel del mar. Josué hizo que los descendientes de Leví, de Judá, de Isacar, de José y de Benjamín subiesen á la cima de este monte para pronunciar bendiciones sobre los observadores de la ley. A la derecha se nos presentaba *Ebal*, en frente al *Garizín*, y se alza dos mil setecientos pies sobre el nivel del mar. Aquí colocó Josué los descendientes de Ruben, de Gad, de Aser, de Zabulón, de Dan y de Neftalí, para que profiriesen maldiciones contra los transgresores de la ley. Durante esta solemne ceremonia el Arca de la Alianza estaba colocada en el valle que separa los dos montes y rodeada de los sacerdotes, levitas, jueces y ancianos del pueblo.

Sanabalat, gobernador de *Sichén*, edificó un templo sobre el monte *Garizín*, y fué causa del cisma entre judíos y samaritanos. Bajo el reinado de Zenón, los habitantes de Naplusa (*Sichén* ó *Neápolis*) asaltaron á los cristianos de la propia ciudad mientras celebraban la fiesta de Pentecostés, cortaron los dedos de la mano al

obispo Terebinto que distribuía la Sagrada Comunión á los fieles, y quemaron cinco iglesias. Zenón, á fin de castigar esta iniquidad, arrojó los samaritanos del monte *Garizín*, y dió el monte á los cristianos, que edificaron en la cima una iglesia en honor de la Santísima Virgen, con un muro al rededor. Puso también una buena guarnición en la ciudad, y diez soldados sobre el *Garizín* para guardar la iglesia. Se conservan aún las ruínas de aquella iglesia de Santa María, y por ellas se conoce que era de forma octágona y que tenía cuatro capillas laterales. Los samaritanos, judíos cismáticos, ó como quiera llamárseles, que aun subsisten en Naplusa, si bien en reducido número, suben al monte á inmolar víctimas que ofrecen en holocausto á Dios.

Estaba oscureciendo cuando llegamos á los primeros edificios de Naplusa; pasamos por delante de un cuartel de soldados; fuimos costeando la ciudad, y á los pocos momentos estábamos en casa del misionero católico, sacerdote del patriarcado de Jerusalén, donde nos alojamos.

Nablos, *Naplusa* ó *Napulosa*, es la antigua *Sichén*, llamada así por su fundador *Sichén*, hijo de *Hemor*. El emperador Vespasiano estableció en *Sichén* una colonia romana, y desde entonces la ciudad tomó el nombre de *Flavia Neápolis*, nombre que conserva todavía, si bien algo variado por el defecto de la pronunciación arábiga, *Nablus* ó *Naplus*.

La ciudad de Naplusa está situada en un hermoso y fértil valle entre los dos montes *Garizín* y *Ebal*; abunda en buenas aguas que corren por todos lados; pero la principal fuente es la llamada *Ras-el-Aain*, *Fuente principal*, que, saliendo de la falda del *Garizín* cerca de la ciudad, presta su corriente á varios molinos. Una cosa digna de verse en Naplusa es el Pentateuco de Moisés, antiquísimo manuscrito en idioma y caracteres samaritanos. Consérvanse envueltos en rollos de madera los grandes folios de pergamino guardados en una caja de metal. Los samaritanos que poseen ese precioso manuscrito, hacen remontar la fecha del Pentateuco hasta *Abischa*, hijo de *Fineas*, y éste de Eleázaro, que lo fué de *Aarón*; es decir, 1500 años antes de Jesucristo. Pero lo más probable es que fué escrito por Manasés, sumo sacerdote del templo de *Garizín*, 330 años antes de la era cristiana.

Naplusa tendrá 18,000 almas; de ellas unos 800 católicos, 600 griegos cismáticos, 300 samaritanos, y otros tantos hebreos. Los turcos naplusianos son fanáticos en sumo grado; así no sería extraño que los europeos fuesen allí insultados. Cuando menos se piensa se reciben pedradas ó cosa peor, y no hay apelación, porque no se encuentra ni se busca siquiera quien haya sido el villano insultador. Es muy peligroso, pues, recorrer las sucias calles de Naplusa: en todo caso conviene llamar á dos ó tres soldados, que por un *bacxis* (regalo) acompañan de buena gana á los viajeros.

Descansemos en Naplusa para continuar, Dios mediante, en otra carta nuestro viaje á *Sebaste* ó *Samaría*.

DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL Rdo. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

IV

Las ruinas.—Las termas.—El teatro.—Las cisternas.—El acueducto.—Los templos.—Las basílicas.—El anfiteatro.—Las grandes cisternas.—San Cipriano.—La capilla de Santa Mónica.

VASTAS construcciones indican todavía el límite y emplazamiento de los muelles, que se extendían por toda la parte de la población que dominaba el mar. Reconozco el canal para las aguas inmundas, destruído apenas en algunos parajes; los fuertes sillares de edificios que han desaparecido; una basílica; las termas que los árabes apellidan, por corrupción de la palabra, *Dermetch*, y el dique que Escipión mandó construir con piedras de granito y betún para cerrar la entrada del puerto. Averiguo la posición del foro, de la curia y del teatro. Apuleyo, al principio de su cuarta Florida, habla con entusiasmo de este monumento, de su enlosado de mármol, de las columnas del escenario, de lo primoroso de los asientos y del brillo del artesonado. Dos autores árabes, El-Bekri y Edrisi hacen de él una descripción que Carlos Tissot atribuye equivocadamente al anfiteatro de la Maalka, pues ambos se sirven de la palabra *thiater*, y le atribuyen una forma circular, cuando todos saben que el plan del anfiteatro es elíptico.

«Vense aún hoy en Cartago, dice Edrisi, notables vestigios de construcciones romanas... el teatro, sin par en magnificencia en todo el universo. Este edificio, de forma circular, compónese de cerca cincuenta arcos... entre cada una de éstos y su pareja hay un pilar con dos pilastras. Encima de la primera hilera de arcadas se ven otras cinco, todas de piedra, de iguales formas y dimensiones, ofreciendo un conjunto magnífico. En el remate de cada arco hay diversas figuras y representaciones curiosas de hombres, animales y navíos, primorosamente esculpidos en la piedra... El teatro estaba destinado á los juegos y espectáculos públicos...»

Apuleyo dice que estos espectáculos eran «las danzas expresivas de la pantomima, el diálogo de la comedia, la recitación sonora de la tragedia, los peligrosos saltos del funámbulo, los ejercicios de destreza del escamoteador, las gesticulaciones del farsante, y todos los otros espectáculos dados al pueblo por los diferentes artistas.» Entre estos artistas hay que contar los poetas y los filósofos, que, como el autor citado, no se desdeñaban de disertar en público.

A través de la maleza que oculta las aberturas subterráneas, y por donde tenemos que andar con precaución para no hundirnos, enormes masas de mampostería sobresalen como piedras erráticas, mostrando la forma cóncava de las bóvedas junto á los derribados pilares que las sostenían. Descubro también pozos funerarios, silos y cuevas abiertos en la roca.

Por la parte del mar dieciocho cisternas púnicas, restauradas por los romanos, son una curiosidad digna de mencionarse. Cada una de ellas presenta un paralelogramo de treinta y un metros de largo por seis de ancho y nueve de profundidad. Destinadas al principio á

simples algibes para las aguas pluviales, fueron en breve el receptáculo donde desaguaba el gigantesco acueducto que mandó construir el emperador Adriano. Este acueducto, de ciento treinta y dos kilómetros, se dividía en dos brazos para recoger á la vez los manantiales de Zaghuan y de Djugar. En todo el trayecto quedan vestigios de los arcos, y en ciertos puntos están intactos. No presentan en todas partes el mismo carácter ni la misma arquitectura. Hubo, pues, un acueducto púnico ó fenicio antes del de los romanos. (*Véase el grabado de la pág. 53*).

Las cisternas, cegadas por la arena, han sido limpiadas y sirven ahora de recipientes para el agua de Zaghuan, habiendo substituído sifones de fundición al canal de albañilería.

Cito de memoria el lienzo de muralla, llamado casa de Anibal, el Coton ó puerto militar de cauce redondeado, y el recinto prolongado del puerto mercantil.

El P. Delattre me muestra en la vertiente meridional de la acrópolis los sepulcros que ha descubierto y que tienen mucha semejanza con los aposentos funerarios de Palestina. Recojo del suelo un clavo de cobre procedente de un fétetro y una piedra púnica para honda. Está hecha con cemento en un molde, y es del tamaño de un huevo pequeño. Los honderos romanos lanzaban balas de plomo.

Algunos creen que *Byrsa* significa torre, fortaleza. Según Virgilio, derivábase esta palabra de la griega que designa el cuero, y haría alusión á la leyenda de Dido, que compró tanto terreno como pudiese circunscribir con la piel de un toro cortada en tenues tiras:

*Mercatique solum, facti de nomine Byrsam,
Taurino quantum possent circumdare tergo.
(VIRG. .En. 1. 1, 367-368).*

Numerosos eran los templos en Cartago. El de Esculapio ocupaba la cumbre del montecillo de *Byrsa*, con la biblioteca y el palacio del procónsul, que fué también morada de los reyes vándalos. En la colina inmediata, donde se encuentra ahora el Carmelo, había el templo de Astarté ó Juno celeste. El día de Pascua del año 399 el obispo Aurelio lo dedicó al culto cristiano, y colocó su sede en el mismo lugar que ocupó la estatua de la diosa. Saturno, Dido, Mnemosina, Ceres, Proserpina y Baal tenían también altares.

Además de la capilla dedicada á la Santísima Virgen por orden de Justiniano, cerca del templo de Esculapio, convertido en Basílica, Cartago cristiana contaba más de veintidós iglesias. Citaré solamente la basílica *Perpetua Restituta*, situada en el Foro; la llamada *Majorum*, enriquecida con los sepulcros de las Santas Felicitas y Perpetua, martirizadas en el anfiteatro el 7 de Marzo de 203; la de Tertuliano; la de Faustino, donde se celebraron diferentes Sinodos, y las dos de San Cipriano, edificadas una en el lugar de su martirio, y otra sobre su sepulcro.

No menos rico en ruínas es el barrio de Maalka, así llamado del nombre de un castillo antiguo. Distinguese allí el emplazamiento de un anchuroso circo, y muy cerca de la estación, en un campo de trigo, el anfiteatro, con

cinco hileras de arcos, cuyo perímetro se confunde al Oeste con las fortificaciones. Una cruz de mármol, indica el lugar donde Perpetua y Felicitas conquistaron la palma del martirio. En el día aniversario de su heroico tránsito, todos los años baja de la Catedral una procesión hasta este sitio bañado con sangre cristiana. Dominado por la emoción, beso con el mayor respeto este suelo venerado.

La muralla de circunvalación se distingue aquí claramente entre el humus y la hierba. Fuera del recinto fortificado, el P. Delattre ha hecho practicar excavaciones en un cementerio cristiano, reservado á los libertos. Con gran sentimiento mío, advierto que casi todas las tumbas están violadas. Hubiera sido mejor indudablemente que una vez descifradas las inscripciones, se hubiesen cercado estos monumentos, conservándolos para la posteridad como testimonio auténtico de las antigüedades cristianas.

Las ánforas, las urnas, las lámparas, los platos, las monedas, trasladados á un Museo y clasificados, no tienen la misma elocuencia que en el lugar y orden con que los dispuso la mano piadosa de los primeros fieles.

Lamentamos los desperfectos causados aquí por las naciones europeas que nos precedieron, y nosotros ni siquiera respetamos lo que ellas dejaron. Si una revolución súbita destruye nuestros Museos, los sabios del porvenir nos acusarán de haber consumado la ruina de Cartago profanando los escasos monumentos que guardaba el suelo en su estado primitivo.

El *bir* Djebana ó pozo del cementerio es antiguo, y su agua excelente. En la vecina casa de Escorpiano se advierte el mismo orden que en las habitaciones de Pompeya. Las paredes revelan dos épocas distintas. Después de una primera destrucción fueron reconstruidas por propietarios menos ricos, que aprovecharon los restos del antiguo edificio.

Más lejos escudriñamos el *Ager Sexti*, lugar de los famosos jardines del opulento Cipriano, después obispo de Cartago y Doctor de la Iglesia. Fué decapitado en terreno de su propiedad. Su cabeza, transportada á Francia por orden de Carlomagno, conservóse en Lyon, detrás del altar de San Juan, hasta la invasión de los calvinistas. El cuerpo del mártir recibió sepultura en el patio exterior de la casa del procurador Macrobio. A cierta distancia, hacia el Norte, atravesamos los jardines de éste y la quinta de Galerio.

Las grandes cisternas cubren un montecillo y forman un pueblo de nuevo género. Los árabes han perforado sus bóvedas, y las utilizan para viviendas, establos y graneros. Un centenar de familias viven así en esos antros subterráneos, á la vez más espaciosos, abrigados y frescos que los miserables *gurbis* de tierra secada al sol.

Todos estos vestigios, la mayor parte de origen romano, demuestran, como lo refieren los historiadores, que Cartago no desapareció con Escipión, pues dió nacimiento á una colonia nueva, favorecida por Graco, César, Augusto, Domiciano y Adriano, y que la ciudad, más bella que antes, trocóse después de la conquista apostólica, en uno de los centros más importantes y activos de la Iglesia.

Al regresar de la excursión veo por la parte del mar

los restos de una soberbia basilica, de forma muy regular. Las bases de las columnas están todavía en su sitio; parte de los fustes yacen rotos, habiendo desaparecido los restantes. El baptisterio se halla cerca de la entrada. Tiene nueve naves, que miden sesenta y tres metros de longitud, siendo proporcional su anchura. El ábside está perfectamente dibujado. Las criptas aparecen llenas de sepulcros episcopales y sacerdotales. No se ha escrito aún la historia de Cartago cristiana, y el P. Delattre prepara los oportunos documentos para la misma.

A pocos pasos más arriba consérvanse aún las ruinas de los baños de Dido, junto á la calle de los Mappales.

Rendido de calor y de fatiga á causa de mi prolongada excursión entre ruinas; llena la cabeza de visiones de un mundo que ha desaparecido, trato de bajar al mar á pesar de los cactus y azufafos espinosos que me rodean, y encuéntrome en la gran grieta de las peñas rojas, mezcladas con arenas de oro, que suministraría la arcilla de las bellas vasijas púnicas. Al extremo de la meseta llama mi atención una linda casa rodeada de olivos, higueras y naranjos. Las ondeantes espigas que caen al filo de la hoz, el ramillete de palmeras que la adornan y la cerca de nopales con flores amarillas que la cierran, no indican sea morada de una familia árabe. Una mujer vestida de blanco, y blanca ella misma como una paloma, me franquea la entrada, diciéndome: «Encuéntrese V. en el convento de las Dominicas, en las *Lágrimas de Santa Mónica*.» El Santísimo Sacramento está expuesto en la capilla, donde hay continuamente una Religiosa arrodillada en adoración.

El fogoso Agustín, descontento de los alumnos de Cartago, de su insolencia y sus delitos, resolvió dar por terminada la enseñanza de las bellas letras y embarcarse para Roma sin saberlo su madre. Mientras Mónica ora en la capilla dedicada á San Cipriano, cerca del mar, donde la ha aconsejado pase la noche, emprende sigilosamente la fuga. La madre llorosa corre á la playa, y ve la nave que se aleja. Entonces prorrumpen en amargos sollozos, y riega el suelo con sus lágrimas. No sin emoción he vuelto á leer, en el capítulo VIII del libro V de las *Confesiones*, el relato de esta conmovedora escena.

V

La Marsa y el Bardo.—Una francesa en el harén.—La partida.—La tía romana y las ruinas del acueducto.—La llanura de Mohamedia.—Zaghuán.—El arco de triunfo.—Una calle singular.—La posada.

La Marsa ocupa la parte mejor del antiguo arrabal de Megara. Ya he dicho algo de los palacios del Cardinal y de la Residencia. La regia morada de Alí es sumamente deliciosa. Un bey nunca habita el palacio en que su predecesor exhaló el último suspiro; y como el bey Sadock murió en el Bardo, está ahora poco menos que abandonado, y amenaza ruina. A él se llega desde Túnez por la puerta Verde, Bal-el-Kadra, y contiene el riquísimo Museo de Alaui. La escalera de los leones y dos patios moriscos recuerdan por la ornamentación y la arquitectura la Alhambra de Granada y el Alcázar de Sevilla, pero no tienen su esbeltez y ligereza. En

las galerías inferiores advierto algunas puertas adornadas con clavos formando dibujos regulares, que llamaron ya mi atención en las calles de Túnez. Casi todos estos dibujos representan cruces que atestiguan la fe de los antepasados. El grabado de la pág. 57 muestra una de estas puertas, junto á la cual varios niños y un jumento forman un cuadro que se ofrece á los ojos del viajero en todas las encrucijadas. A pesar de su ruinoso estado, la morada del bey, con sus pasadizos secretos y puertas ocultas, da una idea de la distribución interior de una casa musulmana, incluso el harén. Viven aún en éste las mujeres del bey Mohamed-es-Sadock, relegadas á la parte alta, bajo la vigilancia de guardianes inflexibles. Una de ellas es de sangre francesa y pertenece á una familia ilustre. En otro tiempo las familias extranjeras establecidas en la Regencia, agradecían la benevolencia del bey pagándole una especie de tributo de sangre. Le entregaban una de sus hijas, que era separada muy joven de la compañía de sus padres, á quienes no debía ver más, y educada al estilo árabe. Personas que están al corriente de todo lo que hay de cierto sobre el particular, me han afirmado que una de estas víctimas de tan odioso tráfico vive todavía en los divanes del harén.

Regresamos á Túnez pasando por la Manuba. El gran acueducto, restaurado por los españoles, corta maravillosamente el horizonte con sus arcos gigantescos, haciendo más espléndido el paisaje.

Túnez está todavía en la Edad Media por lo que se refiere á los medios de locomoción. Con mi excelente amigo, D. Andrés Hébrard, hemos resuelto ir á Gafsa, pasando por Keruán, Sbeitla y Feriana. Tenemos que hacer nueve jornadas de unos cuarenta kilómetros, en senderos buenos para los camellos, pero difícilmente practicables para los vehículos á causa de la arena. No obstante, como los aparatos fotográficos no pueden transportarse á lomo, después de enojosas negociaciones logramos entendernos con Reffalo, que nos cede un landó y cuatro caballos. Ahmed será nuestro cochero, y el maltés José nos servirá de *mukre*. Partimos el día siguiente, no sin hacer antes provisión de conservas y de agua llamada de Saint-Galmier, á peseta la botella. Poco tardamos en advertir que la etiqueta y el

cristal son lo único auténtico. El líquido ha sido tomado en las fuentes de Túnez. ¡Oh fe pú ica!

El termómetro señala cuarenta y dos grados y no es muy intenso el calor. Vamos al trote á través de praderas esmaltadas. El campo ofrece agradable aspecto; el aire está saturado de perfumes; la luz vivísima da relieve á los objetos lejanos, dejando ver los menores contornos y las más finas aristas. Seguimos largo tiempo una vía romana y las magníficas ruínas del acueducto, que forman una serie de arcos de veinticinco metros de elevación. Más lejos, los arcos yacen en grandes masas por el suelo. Los pilares, únicos en pie, señalan el camino en la aislada llanura, indicando muy distintamente las dos épocas. El pilar, de forma

rectangular, está construido de una especie de ladrillo rojo muy duro, que me parece de origen púnico, mientras que su remate y el arranque de los arcos son de construcción romana. Es verosímil que el acueducto de Zaghuan, construido por el emperador Adriano en una longitud de ciento treinta y cinco kilómetros, fué una restauración grandiosa más bien que una creación absolutamente original. (Véase el grabado de la pág. 53).

La llanura de Mohamedia está cubierta de praderas y olivares. En una prominencia del terreno vemos un palacio abandonado por uno de los últimos beyes. Ahmed había dispuesto estas vastas construcciones, donde le rodeaba una fastuosa corte. Brillantes Suks atraían á los curiosos. Llegó la muerte, y la morada del

bey quedó desde luego desierta. Ricos objetos de loza y artesones dorados, puertas y ventanas, todo fué arrebatado; de suerte que estas ruínas, que no son obra del tiempo, parece datan de muchos siglos. Únicamente cullebras, chacales y mochuelos animan los lugares donde há poco bailaban las almees al son de la *derbuka*.

En Udena, la antigua Útina, se levanta la meseta, y presenta otras ruínas de más grandioso aspecto. Un castro, un teatro, un anfiteatro, un puente de tres arcos, un acueducto, y tres sistemas de cisternas públicas, todo de excelente piedra amarilla, se hallan diseminados en una extensión de cuatro kilómetros.

Útina, fundada por César, era una de las principales colonias de la provincia de Africa. Tenía obispo al prin-



COSTA DE BENIN (Africa Occidental).—Koko, el valiente cazador.

(Pág. 67)

cipio del siglo III, y los titulares de esta iglesia figuraron en el Concilio de Cartago de 255, en el de Arles de 314, y en la Conferencia de 411. Destruída por los vándalos, no se ha levantado de su ruina. Sus edificios, abandonados desde hace catorce siglos, albergan los rebaños de los árabes nómadas que en primavera plantan allí sus tiendas.

Todo el trayecto de Túnez á Zaghuan (pronúnciase Zar'huán) es sumamente pintoresco. Pasadas las praderas que tapizan la llanura de Mohamedia, el suelo se levanta y cúbrese de arbustos silvestres, azufaiños, encinas, alcaparros, zarzas, lentiscos, cactus, y también plantas aromáticas, entre las cuales veo matas de alhucema. Abundan las liebres, y muchas perdices rojas saltan junto al sendero.

Atravesamos inmensas praderas. Pasamos literalmente sobre un tapiz de flores. El terreno es sobremana fértil. En no lejano porvenir el ferrocarril de Túnez á Susa atravesará estas llanuras y mesetas. Será facilísimo hacerlo casi sin trabajo de arte. Toda esta región está llamada á un brillante porvenir, y volverá á ser lo que fué en otro tiempo, un verdadero jardín. Ya muchos franceses han adquirido vastos terrenos, donde siembran trigo, plantan viñas y trazan caminos. Crece el olivo, el naranjo perfuma el valle, y la palmera adorna el ribazo de Zaghuan.

Dejamos á derecha Moghrane, en donde se bifurca el acueducto de Adriano. Uno de sus brazos va á recoger las aguas de Djukar, y el otro las de Zaghuan, para abastecer á Túnez, Cartago y la Goleta. La montaña tiene mil trescientos cuarenta metros de elevación, y se destaca en tintes rosados sobre el azul del cielo. La ciudad aparece enteramente blanca en su nido de verdor. Está adosada á las primeras pendientes, y presenta primero las construcciones militares, que se divisan de muy lejos. Atravesamos magníficos jardines, rodeados de cactus. Luego el camino da una vuelta, y nos encontramos junto á una fuente y delante de una puerta romana, llamada ahora Bab-el-Kus, cuya abertura está rebajada por un arco inferior, de construcción árabe, como si el genio de Roma fuese harto grande para los hijos del profeta.

El arco tiene cuatro metros nueve centímetros de abertura, y nueve metros de alto: la anchura de los pies derechos es de tres metros doce centímetros. Dos nichos practicados en su cara anterior estaban destinados á recibir estatuas. (*Véase el grabado de la página 60*). Adorna la clave de la bóveda una figura semejante á un nivel ó triángulo, que encuéntrase también en otros monumentos de Túnez. Debajo de este símbolo hay esculpida una corona de hojas de roble, que tiene en el centro escrita esta palabra:

AVXI

La parte inferior de la clave de la bóveda ofrece una cabeza de carnero con los cuernos muy desarrollados, que según algunos epigrafistas es emblema del culto del sol.

La calle mayor de Zaghuan, que empieza detrás de esta puerta monumental, la vemos llena de transeuntes hambrientos que aguardan el fin del ayuno y el llama-

miento á la oración. Nunca pueblo alguno me ha impresionado tanto como éste. Las casas, blanqueadas con cal, apenas tienen dos metros de elevación. Construídas según el mismo modelo, presentan una serie de arcos, semejando secciones yuxtapuestas de un túnel. Un banco de ladrillo, cubierto con una estera, sirve de vestíbulo. La vivienda no recibe aire ni luz más que por una sola abertura, á la vez puerta y ventana. Algunas piedras salientes facilitan la subida al techo, en donde secan los dátiles. A trechos algunas tablas, colocadas de parte á parte de la calle, sostienen palmas secas á guisa de parasol. Cualquiera se figuraría hallarse en una ciudad de pigmeos. (*Véase el grabado de la pág. 61*).

Nuestro vehículo toca á derecha é izquierda los umbrales. Síguennos centenares de vecinos cuyo paseo estorbamos. Por último nos apeamos en la plaza, á la que protege con su sombra un corpulento algarrobo. Todos quieren llevarnos el equipaje, según la costumbre universal en países musulmanes, con riesgo de que en la confusión algún paquete vaya á parar lejos de su legítimo dueño. El Korán no prohíbe despojar á un Rumi.

Un lionés nos ofrece hospedaje en su casa morisca. Nos acostaremos en camas de campaña: una especie de bodega sirve de comedor. En cambio abunda el agua, y el aire es tan puro, tibio y fragante, y el panorama tan encantador, que fuera sobrado descontentadizo quien no encontrase el lecho delicioso.

Mi gabinete de tocador es un terrado desde donde descubro gran parte de la ciudad, y veo detrás de los *mucharabis*, cabezas curiosas que siguen los menores movimientos del extranjero. El aire de la montaña me recrea con efluvios de aroma.

Comemos en común. Un agente subalterno del alarifazgo, un mercader de ajeno, un empleado civil, un camarero, mis dos compañeros y yo ocupamos la mesa. Muy grato sin duda es encontrar compatriotas en una vivienda árabe; no obstante, pronto nos hace insopor- table su compañía lo grosero de su lenguaje. Así es que sin aguardar el fin de la comida nos levantamos para recorrer la ciudad. Cuenta ésta dos mil habitantes, tiene una regular mezquita y numerosas fuentes, y goza de incomparable perspectiva.

Los cantos religiosos, la mezquita, los bailes árabes, las pantomimas y las escenas de costumbres de un color local muy pronunciado, tienen aquí un carácter mucho más original que en Túnez y las otras ciudades del litoral. Mas es preciso que alguien guíe al viajero. La calle parece tranquila. Empuja la puerta miserable de un *gurbis*, y entra en un patio brillantemente iluminado. Una ruidosa orquesta acompaña el paso cadencioso de las hurís. Centenares de árabes, silenciosos y contemplativos, y sentados en esteras, recreáanse con un espectáculo que siempre es el mismo, y que admiran como si fuese siempre nuevo.

El placer, tal es la última palabra de la religión musulmana, el fin de su liturgia, el secreto de su imperio sobre los pueblos y de su resistencia á todo influjo sobrenatural.

DE PORTO-NOVO Á OYO

(Febrero-Marzo 1891)

MEMORIA DEL RDO. P. PIED, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYÓN

II

El *lari* me acompañó á casa de Assalu, hijo de Abadja, predecesor del rey actual, donde fui recibido con la mayor cordialidad. Durante mi viaje en todas las poblaciones ó casas aisladas se me ha dispensado generosa hospitalidad, á la que he correspondido, conforme la costumbre, con los regalos de que hice provisión en Porto-Novu. Habrá contribuído no poco á este feliz resultado el *bastón* que traían mis bagajeros, merced al cual se me consideraba como amigo del rey: mi carácter de «Padre» me hizo las veces de pasaporte en los lugares donde otro blanco no hubiera tenido entrada.

No pude dispensarme de hacer una visita al rey Apado, que me recibió de gran ceremonia, rodeado de sus mujeres y consejeros. De regreso á casa de Assalu, le mandé un regalo; y á poco llegaron dos de sus mujeres, que arrodillándose me ofrecieron en una cesta dos pollas, y en una calabaza cincuenta *acassas* (bolas de pasta de maíz, que forman la base del alimento de los negros de la costa). (Véase el grabado de la página 68).

El jueves, 19, algo repuesto de la fatiga del viaje, partimos á las siete y media de la mañana. En la puerta de la ciudad me despidió del *lari* del rey Tofa, quien me encomienda al hermano del jefe de Aitedju, en cuya casa he de pernoctar el mismo día.

Desde que los alrededores han sido devastados por los dahomeyanos y sus aliados de Decamey, no existe la ruta de Taketé á Ketu. Bajamos, pues, la meseta por un sendero de cincuenta centímetros de ancho, serpenteando entre malezas que nos azotan el rostro á cada paso. En el quinto kilómetro llegamos al río de Aguidi, que paso en hombros de un bagajero.

Al salir del río mi guía me propone visitar á Elewi, rey de Labé y vasallo de Tofa, refugiado en Infuri, al Norte del camino. Damos, pues, un corto rodeo, y al llegar al mercado de este pueblo me instalo bajo un cobertizo, mientras se avisa al rey de mi llegada. Al cabo de media hora me introducen en una plaza detrás de un bosquecillo. En el extremo de ella hay una choza oblonga y baja con galería, donde Elewi da audiencia, rodeado de su harén y de su consejo.

Estaba sentado en un taburete, y vestía un soberbio manto plateado en forma de casulla oriental: una especie de tiara de la misma tela, rematada en un gallo de cartón rojo, acababa de darle un aspecto de pontífice. Desgraciadamente su mirada fija y huraña denunciaba el abuso de licores fuertes, y hacía su presencia un tanto cómica.

Tomándome la mano, me la sacudió fuertemente tres veces, de arriba abajo y de derecha á izquierda, manera algo violenta de darme la bienvenida. Ofrecíome algunos regalos, y al marcharme me sacudió de nuevo el brazo en señal de despedida.

A la una de la tarde llegué al lugar de Aitedju, residencia de Koko, jefe del distrito, reputado el más hábil cazador de la comarca. En efecto, sobre una especie de mesa hecha de bambú veo un montón de cráneos de bestias feroces y de colmillos de elefantes, restos de la caza muerta por Koko. Todos estos huesos los consideran como fetiques, y de vez en cuando rocíanlos con aceite de palma, creyendo que, en recompensa, el espíritu que encierran será favorable al cazador, poniendo nuevas víctimas al alcance de su fusil.

Koko estaba á la sazón ausente, y en la mañana del 21, sábado, habiendo partido nosotros de Aitedju, encontramos al valiente cazador llevando, según la moda nago, el fusil sobre la cabeza. Es un hombre como de sesenta años, de elevada estatura, flaco y bien conservado. (Véase el grabado de la pág. 65).

Koko es muy amigo del *lari* de Ketu: contento por encontrarle, siéntase y entabla con él una conversación que amenaza prolongarse. No pudiendo detenerme á causa de la abundante transpiración y del aire húmedo y fresco, después de los saludos de costumbre le ofrezco algunas gotas de aguardiente, y proseguimos la marcha.

A las diez penetramos en un bosque virgen, de veintisiete kilómetros de extensión, del que no saldremos hasta mañana. Ni un cultivo, ni un rayo de sol interrumpe la monotonía de aquel lugar. Dos murallas de maleza, mezclada con árboles corpulentos, que ocultan el cielo con sus ramas enredadas y espesas, ladean el angosto sendero, tapizado de hojas secas.

Falta de sol, de luz y aire; silencio profundo, interrumpido en las horas matinales por el estridente grito de las aves de rapiña; vasta soledad que no alegra el más insignificante riachuelo, ni anima una sola fiera, y que rarísimos viajeros cruzan presurosos y como fugitivos; dominio exclusivo de una vegetación exuberante y selvática, de la que el hombre no puede sacar partido para su alimentación ni para la industria, tal es el límite natural y obligado de los dos reinos de Porto-Novu y de Ketu.

En Idi-Rocco aguardo á mis bagajeros, á quienes han entorpecido la marcha las dificultades del camino. Este lugar de parada, debe su nombre á un árbol corpulento que allí yace de tiempo inmemorial, y en torno del cual se ha hecho un claro de algunos metros cuadrados. Llega mi gente al cabo de media hora; pero como carecemos de agua nos vamos al riachuelo de Iroo, y desde allí, recobradas un tanto las fuerzas, proseguimos hasta Bohon, á donde llegamos á las tres.

El calor ahoga; no sopla la más ligera brisa. Suspendo de dos árboles mi hamaca, y al cerrar la noche nos entregamos todos al sueño bajo una bóveda de verdor.

El día siguiente, después de tomar una pequeña dosis de quinina con algunas gotas de aguardiente en un vaso de agua, y una taza de té caliente con uno ó dos bizcochos, desayuno que recomiendo á todos los que viajen por Africa, seguimos andando por el bosque, del que salimos al noveno kilómetro.

Henos ya en el territorio de Ketu. La llanura que

atravesamos ha sido incendiada recientemente. En toda la extensión del Yoruba se pega fuego anualmente á vastos terrenos á fin de dejar al descubierto los senderos, y destruir las serpientes, los ratones y otros animales dañinos que sin esta precaución invadirían el país.

Hacemos alto en Aton, en el fondo de una depresión del terreno donde hay un poco de agua. El sol es de fuego; el casco apenas me defiende de sus rayos, y el suelo está abrasado. A pesar de que nos quedan pocas fuerzas, volvemos á emprender la marcha sostenidos por la esperanza de llegar pronto á Igboro. Por fin, al medio día, en el kilómetro veintiuno, pasada una puerta angosta, entramos en el primer pueblo de Ketu.

Hungría; 180,000 á Francia; 104,000 á Turquía; 265,000 á Rumania; 10,000 á Bulgaria, y 7,000 á Suiza. En los demás países es escasísimo el número de judíos. En la Turquía asiática hay 195; en Persia 18,000; en la India 19,000; en la Rusia asiática 47,000; en China 100, y en el Asia Central 14,000. En Africa hay 200,000 israelitas, 8,000 en Egipto, 6,000 en Marruecos, 5,000 en Túnez y 6,000 en Trípoli. De los 250,000 judíos que habitan en América, casi todos (230,000) viven en los Estados Unidos.

Riqueza de los judíos de Europa.—En Hungría, la cuarta parte de los votos reservados á los mayores propietarios corresponden á los judíos. Conquistaron la



COSTA DE BENÍN (*Africa Occidental*) — Mujeres del rey ofreciendo al misionero pollas y acassas. (Pág. 67)

EL JUDAÍSMO Y EL MASONISMO

UN periódico francés publica la cifra total de la población israelita que existe en todo el mundo. La preponderancia que va tomando constituye un verdadero peligro, porque robustece, aumenta y promueve por todos los medios imaginables esa clase de *secta masónica, rica en fuerza y en recursos*, á que alude Su Santidad en la carta al Episcopado italiano. Los judíos ascienden hoy á 6.312,000, de los cuales hay en Europa 5.400,000; en Asia 300,000; en Africa 550,000; en América 250,000, y en la Oceanía 12,000. De los israelitas europeos, 3.400,000 corresponden á Alemania; 2.552,000 á Rusia; 1.664,000 á Austria—

capacidad legal de adquirir bienes inmuebles el año de 1848.

En Bohemia, sólo la casa Rostchild posee la cuarta parte de las tierras que fueron patrimonio de las sesenta familias más antiguas del reino. Se les concedió el derecho de adquirir inmuebles en 1862.

En Galitzia, en poco más de veinte años, los hijos de Israel han acaparado el 80 por 100 de la propiedad territorial.

En Italia son dueños de las cuatro quintas partes de la provincia de Padua, además de tener fuertes hipotecas en la quinta parte restante.

En Francia había en 1791 sobre un millar de judíos. Merced á la famosa declaración de igualdad de derechos, hoy pasan de 60,000. El capital francés oscila entre 150 y 200,000 millones de francos, de los cuales

cerca de 90,000 millones, ó sea la mitad próximamente, están en las garras de los judíos.

Los oficios y profesiones más lucrativas, como son banqueros, joyeros, anticuarios, comerciantes de pieles, etc., son explotados entre nuestros vecinos por individuos de aquella raza, en proporción de un 50 por 100.

Sólo los palacios que tiene en París la familia Rostchild representan el valor de 30 millones, pudiéndose calcular en otros tantos el valor del mobiliario con que están adornados.

Magisterio.—El profesorado de las Universidades de Austria está ejercido en gran parte por los hijos de Israel.

Lo son todos los de la Universidad de Viena, incluso su *Magnífico Rector*, exceptuando los de la Facultad de Teología: es ocioso decir que los autores de texto, aún los de primera enseñanza, son judíos.

Judío fué el profesor del desdichado príncipe Rodolfo, fingiéndose converso para desempeñar este cargo.

En Italia la cuarta parte de los alumnos de estudios superiores son hebreos. En Alemania el 80 por 100.

Prensa.—Los periódicos de más circulación en Europa, ó son propiedad suya, ó están inspirados por ellos.

En Italia la prensa llamada oficiosa les pertenece exclusivamente: *La Riforma*, *Il Diritto*, *L'Opinione*, *La Capitale* y otros de Roma.

En Francia disponen casi de todos los periódicos republicanos; la prensa impía y pornográfica está explotada casi exclusivamente por ellos.

Altos puestos.—En Francia, desde 1870, apenas ha habido un Ministerio en que no haya entrado este elemento, representado, ó por judíos, ó por yernos de judíos. Lo son veinte representantes del país entre las dos Cámaras, es decir, uno por cada tres mil judíos que hay en la nación. Más de cuarenta prefectos, subprefectos y secretarios pertenecen á esta raza. Los Municipios están invadidos por ellos, y sólo así se explica el sistema inicuo de persecución que prevalece en algunas ciudades contra sacerdotes, Congregaciones religiosas y maestros católicos, aun palpando los resultados que les da el laicismo en escuelas, hospitales y establecimientos de instrucción ó de beneficencia.

CRÓNICA

España.—En el vapor que salió de Cádiz el día 10 de Diciembre último partieron para la isla de Cuba doce Padres misioneros Carmelitas descalzos de las Misiones de Ultramar, presididos por los reverendos Padres Provinciales y Procurador, á fin de fomentar las casas que tienen establecidas en dicha isla, y en las que están prestando grandes servicios á la Iglesia y al Estado, con gran provecho de las almas y contento de los españoles.

—El M. Rdo. P. José Lerchundi, prefecto apostólico de las Misiones de Marruecos, acaba de publicar un Diccionario que está llamando la atención del mundo ilustrado. Dicho Padre, conocido como excelente arabista, ya en 1872 publicó en Madrid la primera edición de sus *Rudimentos del árabe vulgar que se habla en el Imperio de Marruecos*, obra muy celebrada por hombres inteligentes, así nacionales como extranjeros, y que sirve de texto en España y Alemania á los que se dedican al estudio del dialecto de Marruecos. Así es que, aun cuando obras de esta cla-

se tienen ordinariamente poca salida, porque no son muchos los que gustan de emplear el tiempo en estudios serios, la primera edición de la del P. Lerchundi se agotó en un plazo relativamente breve. No satisfecha la extraordinaria laboriosidad del respetable misionero con sujetar á reglas el lenguaje de los moros; con una paciencia digna de un benedictino, desde el primer día que pisó aquellas tierras, hace más de treinta años, vino reuniendo voces y voces, y tal era el número de las que llevaba anotadas en 1872, que ya en el prólogo de sus *Rudimentos* anunciaba la próxima publicación de un *Vocabulario hispano-marroquí*, promesa que no ha podido cumplir hasta ahora por causas ajenas á su voluntad. Y ciertamente que nada perdieron las letras con esperar veinte años más la publicación de una obra que por su índole es susceptible de aumento y perfección, resultando la que hoy ve la luz tan completa como es posible: *Vocabulario español-arábigo del dialecto de Marruecos, con gran número de voces usadas en Oriente y en la Argelia*. Está editado con todo esmero en Tánger, en la imprenta de los Padres Misioneros, á quienes cabe la honra de ser los primeros que en Marruecos imprimieron obras de esa clase.

Las voces usadas en Oriente llevan la cita de dos ilustres Franciscanos, uno español del siglo pasado y otro italiano del presente. La obra del primero se intitula: *Diccionario español-latino-arábigo, por el P. Fr. Francisco Cañes*; y la del segundo, *Diccionario italiano-árabe, per cura de un Religioso Franciscano di Terra Santa*, impreso en la tipografía de Padres Franciscanos de Jerusalén.

Roma.—El día 1.º de Enero admitió el Papa á su augusta presencia al P. Francisco Tomassini, rector del Seminario Romano de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo para las Misiones Extranjeras, junto con el Rdo. P. Vicente Colli, provicario del Chen-Si Meridional en China, quienes con motivo del Jubileo ofrecieron á Su Santidad, en nombre del Ilmo. Gregorio Antonucci, vicario apostólico del expresado Chen-Si, y de los cristianos de aquellos remotos lugares, los objetos siguientes: Un magnífico frontal de raso blanco primorosamente trabajado.—Un tapete de seda con un medallón en el centro, representando á San Pedro en medio de un mar borrascoso, entre un grupo de cristianos y otro de paganos que tienden las manos en demanda de auxilio al Santo Apóstol. A los lados vense los cuatro grandes filósofos de la China, Confucio, Mencio, Laos y Fucsi.—Dos paños para facistol, con finísimos bordados.—Un tapiz bordado en seda amarilla, con dedicatoria al Padre Santo.—Cuatro vasos de porcelana de China, con dibujos.—Cinco faisanes vivos destinados al jardín del Vaticano. Su Santidad dirigió á aquellos Padres palabras de aliento y alabanza, diciendo que á los misioneros, que son la gloria más brillante de la Iglesia, profesa especialísimo afecto.

—Su Santidad ha decidido instalar en Roma un gran Seminario indio para la formación del clero de la India y de Ceylán, tomando á su cargo la construcción del edificio y el coste del viaje de los alumnos; con lo cual demuestra el interés que tiene en la formación de un clero indígena.

—Por disposición pontificia se enviarán á la Exposición Universal de Chicago los dos célebres mapas del Museo Borgiano de Propaganda que recientemente han figurado en la Exposición Colombina de Madrid. También se remitirá reproducción fotográfica de otros documentos importantísimos concernientes al descubrimiento de América, reunidos bajo la inteligente dirección del Ilmo. Tripepi.

—La Sagrada Congregación de Propaganda ha dispuesto que la lengua griega sea la litúrgica para la Comunidad del Colegio griego en Roma, que dirigen los Padres de la Compañía de Jesús, tanto en las ceremonias públicas como en la Misa privada.

Bagdad.—Un misionero de Asia escribe acerca un favor especialísimo alcanzado por medio del santo escapulario del Carmen: «En 1880 el cristiano José Gemonat, encargado de comprar lanas por cuenta de los Sres. Asfar, comerciantes en Bagdad, iba de Hilla á Samua, por el desierto, montado á caballo, pero solo, aunque en aquella época había bastantes leones por aquella comarca.

«De repente oyó los espantosos rugidos de un león, y poco después, vió la fiera que corría hacia él con furor. Viéndose en tan inminente peligro, José pensó morir de susto, y su caballo quedó como estatua, inmóvil de terror, en presencia del terrible enemigo.

«El león estaba ya muy cerca, y la muerte era segura.

«En este apuro, nuestro cristiano encomienda su alma á Dios, y tomando el santo escapulario que llevaba sobre el pecho, lo presenta á la bestia feroz, diciéndole: «Por el poderío de María «Santísima, te mando no me hagas daño alguno.»

«Al instante el león se detiene, cesa de rugir, y volviéndose por donde había venido, desaparece luego en lontananza.

«Nuestro muy reverendo Padre Prefecto apostólico y muchas personas de Bagdad y Bossozali han oído varias veces la relación de este prodigio de boca del mismo José Gemonat, cuya veracidad era conocida de todos.

«Este buen cristiano murió hace dos años, pero su cuñado Sitrac Malcom, que es sacristán actual de nuestra iglesia de Bagdad, me acaba de contar lo que escribo, asegurándome que es la pura verdad.

«Bagdad, 2 de Marzo de 1892.—Fr. Pedro de la Madre de Dios, misionero apostólico.»

Estados Unidos.—Se ha celebrado en Hartford la dedicación de la nueva Catedral de San José, templo acaso el más suntuoso y magnífico que existe en Nueva Inglaterra. El edificio, construido de piedra oscura de Portland, es de arquitectura romana, tiene la forma de una cruz, y mide 264 pies de largo y 178 entre el altar mayor y el coro.

Las dos torres tienen cien pies de elevación, y el interior del templo es realmente espléndido, contándose en él veintiséis columnas de mármol pulimentado de Tennessee. Grandes cristales en las ventanas, en los que están representadas escenas de la Sagrada Escritura; excelentes esculturas, el altar mayor de estilo gótico, y un soberbio órgano cuyo coste ha ascendido á veinte mil pesos fuertes, constituyen algunas de las bellezas de la nueva Catedral.

Las ceremonias de la dedicación fueron solemnes, habiendo concurrido á ella el Arzobispo Ilmo. Corrigán, varios Obispos, numeroso clero y muchísimos fieles.

—La ciudad de Chicago es hoy una de las ciudades de los Estados Unidos donde hay más católicos. Hay más de 90 parroquias, 200 establecimientos religiosos, y 550,000 católicos.

—Un periódico católico que se publica en Cleveland refiere lo siguiente:

«El Rdo. P. José Jasbeck, sacerdote maronita, que fué ordenado hará unos dos años, por el arzobispo Corrigán, celebró Misa el domingo por la mañana (12 de Diciembre) en lengua siriaco-caldea en la capilla de San Pablo de Filadelfia. Desde su ordenación el P. Jasbeck ha estado viajando como misionero por los Estados Unidos, consagrado á las necesidades espirituales de los sirios. Llegó á Filadelfia hace unos días, y desde entonces ha estado ocupado en la busca de sus paisanos. Dice que ha descubierto unos doscientos sirios en aquella ciudad, pertenecientes todos al rito maronita, que es el más antiguo en la Iglesia, y según se cree, de origen apostólico.

«Existen muchas particularidades que le distinguen del rito latino. Al principio de la Misa rezada el celebrante pone agua y vino en el cáliz y hace uso del incienso. El que ayuda canta en voz alta el *Miserere*, que es símbolo de impetrar gracia de Dios en favor del pueblo, y canta también durante la Misa. En la elevación el celebrante levanta el cáliz y la Hostia y bendice al pueblo. El que ayudó la Misa es siriaco de origen y ha ayudado ya otras Misas en Jerusalén.

«El pueblo llamado maronita vivió en sus orígenes en las llanuras de Siria, y trae su nombre de San Mar, que fué adversario de la herejía de los jacobitas y nestorianos. Mas tarde, cuando la persecución de Mahoma, el pueblo, antes que abandonar su Religión, dejó su patria y halló refugio en las montañas vecinas al Líbano, reuniéndose hasta trescientos mil, que fueron gobernados por un Patriarca y siete Obispos, todos en comunidad con la Santa Sede.

«El Padre Jasbeck es un joven de treinta y dos años, de larga barba negra; que está muy agradecido al arzobispo Kyán y al vicario general Cantwell por la asistencia que le han prestado.»

Canadá.—La ciudad de Montreal ha tributado grandes honores á los venerandos restos de tres misioneros franceses muertos en el siglo XVII. El epitafio del monumento que se les ha erigido indica su título de gloria á los ojos de los cristianos. He aquí la traducción:

«Aquí descansan en el Señor tres Religiosos de la Compañía de Jesús, que han sido beneméritos de la fe católica:

«Juan de Quen, de Amiens, sacerdote. Descubrió el lago de San Juan; evangelizó los algonquinos durante veinte años. Al llevar socorro á los apastados, sucumbió en Quebec, en 1659, á la edad de cincuenta y nueve años.

«Francisco Duperón, de Francia, sacerdote. Durante veintisiete años se aplicó á inculcar á los hurones la fe y la civilización. Recibió de Dios el premio de sus trabajos en el fuerte de San Luís, año de 1665.

«Juan Liegeis, de Champaña (Francia), Hermano coadjutor, prestó á los Padres de la Compañía, durante diecinueve años, servicios inapreciables. Atacado por los iroqueses, herido en el corazón, decapitado, sucumbió el 20 de Mayo de 1555, á la edad de cincuenta y cuatro años.

«El Gobierno de la provincia de Quebec ha erigido este monumento sobre sus restos mortales reunidos el 12 de Mayo del de 1891.»

Progresos del Catolicismo.—En Inglaterra y en Escocia la Iglesia católica cuenta con 2 Cardenales, 3 Arzobispos, 18 Obispos y 2,800 sacerdotes, que sirven 1,300 iglesias y numerosas capillas. Inglaterra gobierna además en sus colonias cerca de 14 millones de católicos, y su número aumenta rápidamente, principalmente en Canadá y Australia.

La Iglesia en Holanda, que en el año 1800 no contaba más que con 350,000 católicos, en la actualidad, en una población de cuatro millones de almas, tiene 1,500,000 fieles.

En Alemania, cada año de 1,200 á 1,500 protestantes abjurando la herejía, y se nota entre los convertidos á distinguidos sabios y miembros de la alta aristocracia.

El Gobierno del cantón protestante de Berna ha dictado disposiciones favorables á los católicos y á la paz religiosa.

También en el África se ven tendencias marcadas de volver á Jesucristo, que será el único medio de que penetre allí de nuevo la civilización.

De América no son menos satisfactorias las noticias que se reciben.

En la diócesis de Nueva York asisten á las escuelas católicas 36,441 niños, con 400 profesores, contando con el valor de 21,592,500 pesetas, y un gasto anual de 1,500,000 pesetas.

El total de católicos en la diócesis sube á 800,000 almas teniendo 206 iglesias y 68 capillas.

Noticias varias.—Más de 28,000 varones y 100,000 mujeres se dedican por voluntaria vocación á las Misiones entre salvajes y bárbaros; á cuidar enfermos, idiotas ó alienados; recoger y asistir á ancianos, pobres ó niños desvalidos, y á innumerables obras de caridad y de instrucción en asilos, hospicios, prisiones, etcétera. Estos penosos servicios los prestan por amor de Dios, sin premio alguno en este mundo, aspirando sólo á hacerse gratos al Señor para la otra vida. He aquí lo que hacen las Ordenes y Congregaciones religiosas. ¿Bajo qué bandera ó creencias se encuentran análogas instituciones?

—Desde el año 1861, en que los Padres Jesuitas se establecieron en la isla de Madagascar, donde no había un sólo católico, han convertido hasta hoy á más de 130,000; han construido una catedral, más de 300 iglesias y unas 400 residencias; á éstas se hallan unidas las escuelas, donde con ayuda de las Hermanas y algunos maestros indígenas se educan 18,000 niños de ambos sexos.

VARIEDADES

EL NIÑO ESCLAVO



PEMBA es una isla madreporíca, casi tan grande como Zanzíbar, llana y malsana, pero muy fértil, abundantemente provista de agua y cubierta de plantaciones de arroz, pimienta, palmeras y cocoteros. Está toda ella en poder de los árabes, que emplean en su cultivo numerosos esclavos.

La costa no presenta, por la parte del Este, ni una entrada, ni un puerto; es una serie no interrumpida de rocas cortadas á pico y cubiertas de árboles y maleza, cuya altura media es de treinta metros sobre el nivel del mar.

El lado del Oeste, por el contrario, resguardado de los vientos del Océano Indio, no tiene límites propiamente dichos, á causa de lo extendidos que están los nápalos, del gran número de caletas ó ensenadas, de las frecuentes cortaduras y de los muchísimos islotes que se confunden con bancos de arena; por todo esto son aquellos parajes excelentes para escapar de los marinos ingleses y poner á salvo el cargamento prohibido.

Estos, sin embargo, recorren con frecuencia la costa, á pesar de sus peligros; y para no ser tan fácilmente conocidos, así como también para que sus movimientos sean más rápidos, tienen pequeñas embarcaciones de vapor, que lanzan sobre todo buque sospechoso.

Hace poco tiempo había en el Hospital de la Misión de Zanzíbar un oficial irlandés, excelente católico, y cinco marineros; habían sido heridos en uno de estos encuentros.

Un niño que habían salvado me contó el hecho. Lo escribo á mi vez, como uno de los episodios de la trata de esclavos en nuestros días. Este niño estaba muy enfermo, extenuado por largos sufrimientos, casi moribundo. Se le había recogido en las calles de la ciudad, y habiéndole instruido en los principales misterios de la Religión cristiana, le pregunté después por su vida.

—Sentémonos primero al sol, dijo, porque tengo frío.

He nacido por este lado, mira; pero lejos, muy lejos. Cuando era pequeñito también tenía una madre...

Pero una tarde que dormía á la puerta de la cabaña, un hombre de la costa que había venido á nuestro pueblo me cogió en los hombros diciendo:

—Vamos al baile del pueblo vecino. Tu madre me ha dicho que te lleve allí."

Medio dormido, medio despierto, me dejé llevar así mucho rato, y anduve más tiempo todavía, y á la mañana siguiente eché de ver que mi madre no estaba allí: había sido robado.

Con otros niños, cogidos de la misma suerte, seguí el camino de Kiloa, donde fui vendido.

Por fin el amo me dijo:

—Baraka, vas á subir á un gran buque y viajar. ¿Estás contento?"

Yo respondí:

—El amo es el cuchillo, y el esclavo la víctima. Subiré."

Había mucha gente en este gran buque: hombres, mujeres, niños, entre cincuenta y ochenta. Se detuvo mu-

chas veces á lo largo de la costa, y cada vez que se detenía subían otros y se escondían. Por fin el capitán dijo una tarde:

—Ya hay bastante. Escapemos hacia Pemba.

—¡Hacia Pemba! dijo un marinero; ¡cuidado con los ingleses!"

Al día siguiente la isla se hallaba á la vista. Los árabes, que eran catorce, estaban gozosos y bendecían á Dios, cuando de repente dijo uno por lo bajo:

—¿Qué será aquel humo que se ve allí y que se acerca?... Me parece que huele á sabueso."

Todo el mundo miró; se veía en el horizonte una pequeña humareda que salía de una barca, y ondulaba en el cielo como una serpiente. En las barcas no suele haber humo, sino en las inglesas... ¡Dios sea bendito! ¿Qué iba á ser de nosotros?...

El capitán y los marineros hicieron una oración; luego, entre juramentos, nos mandaron bajar al fondo de la cala, sacaron barriles de pólvora, cargaron sus fusiles, sus pistolas, prepararon los cuchillos, puñales y cimitarras, mientras ponían la vela de suerte que cogiera todo el viento posible. Pero la desgracia quiso que la brisa no soprase apenas, en tanto que la máquina que humeaba se acercaba siempre, siempre, sin velas, sin mástiles, como un verdadero animal viviente.

¡Pum!... ¿Qué es eso? Un cañonazo.

¡Pum!... Otro.

¡Pum!... Otro más, y esta vez la bala pegó en la vela.

Esto quería decir: Deteneos, que vemos lo que lleváis ahí dentro.

El capitán invocaba al profeta, y decía que no se detendría.

—¡Detente! gritó el jefe de los ingleses.

—¡Ah, perro, hijo de perro!" respondió el jefe de los árabes, descargando su fusil sobre la barca enemiga, que estaba próxima.

Entonces se levantan muchos gritos, los ingleses quieren detener el buque, la batalla comienza.

¡Qué batalla, oh, qué batalla! Los árabes con sus fusiles, sus pistolas, sus puñales, sus cuchillos, sus cimitarras, rugían y saltaban enfurecidos; los ingleses con sus grandes sables, con sus pistolas que dan vuelta siempre y vomitan balas sin descanso, como si tuvieran el cuerpo lleno de ellas. Caen árabes, caen ingleses, la sangre corre por todas partes. Pero cuanto más se batían, más querían batirse.

Al fin los catorce árabes parecía que habían muerto.

Pero el capitán, que se desangraba por varias heridas, se arrastró al fondo del buque maldiciendo y pegándose, y arrancó una tabla con su hacha. Por la abertura el agua se precipitó como un torrente, fué subiendo hasta que se hundió el buque, y quedamos todos dispersos sobre el mar.

¡Dios mío, cuántos hombres murieron! Los árabes que vivían todavía desaparecieron, elevando al cielo los brazos diciendo:

—¡Alá! ¡Alá! ¡Mahoma es su profeta!"

Los esclavos caían como un racimo enorme y se sumergían en vertiginoso remolino; otros se sostuvieron un poco sobre el agua y fueron recogidos por los ingleses: ahí tenéis cómo sucedió el hecho.

En cuanto á mí, no sé lo que me pasó, pero me quedé

admirado al encontrarme en la playa de la isla de Pemba. Dos ingleses murieron en este sitio, y sus compañeros, habiéndose vendado sus propias heridas, les dieron sepultura en la arena, rezando algunas oraciones en su lengua. Tres días más tarde una embarcación vino á tomarnos á todos y nos trajo á Zanzibar. Aquí se me dijo que era libre, y que un indio me cuidaría. Pero el indio ha visto que no valgo para nada, y heme aquí.

Esta es mi historia. Tengo hambre. —

¡Pobre niño! ¡Al otro día murió, después de haber recibido las aguas del bautismo, y su historia se continuará en el cielo!—X.

HENDIDURA DE LA PIEDRA DEL CALVARIO

En una relación de Tierra Santa que publica un periódico católico, se lee lo que sigue:

«Gran misionero ha sido para muchos la hendidura de la piedra del Calvario. El Ilmo. Mislín refiere que, á su vista, se han convertido varios incrédulos é indiferentes que como inteligentes y sabios naturalistas, estudiaban el modo de ser y la profundidad de dicha abertura, y observando que no sigue la dirección de las vetas ni respeta lo más endurecido de la gran piedra, concluyeron que semejante fenómeno no sucede naturalmente en un temblor de tierra, por fuerte que sea, en el cual las piedras se rompen precisamente en las capas de que se componen, y por las partes más débiles que forman la unión de la gran masa, siguiendo siempre la dirección de sus respectivas vetas. Dicho Sr. Mislín cita los nombres del protestante Maundrell, de los viajeros ingleses Millar, Fleming, Schawet, y la historia de Addissón, el cual refiere lo que aconteció á un personaje inglés, acompañado de un amigo deísta, en su peregrinación á Palestina, con ánimo este último de burlarse de los misterios de nuestra Redención. Con tal espíritu y aviesa intención subía el buen señor las escaleras del Calvario; mas al observar escrupulosamente y con todo el arte de naturalista la hendidura de que venimos hablando, se acercó al ilustre personaje, y le dijo al oído: «Ahora principio á ser cristiano.» Por esto también San Cirilo, obispo de Jerusalén—donde había nacido y se había criado,—predicando á su pueblo por los años de 350 sobre la misma abertura de la piedra del Calvario, decía á sus hijos espirituales y amados paisanos: «Si yo quisiera negar que Jesucristo fué crucificado, esta montaña del Gólgota, en que nos hallamos reunidos, me lo prohibiría, ella me enseña ese artículo infalible de nuestra sacrosanta Religión. (*Catech. Comm. XIII.*)»

RESPECTO Á LOS MAESTROS

En ningún país se respeta tanto como en Turquía al encargado de la educación del pueblo; en ninguna parte se le tiene más cariño, miramiento y consideración. El khodja (preceptor) toma asiento entre la familia de sus educandos y puede decirse que es el jefe de ella: los orientales obedecen de esta manera el célebre dicho de Alejandro: «Mi padre me ha hecho bajar del cielo á la tierra, y mi preceptor me ha hecho subir de la tierra al cielo.» Por humilde que sea la posición de un khodja,

y por elevado que sea el rango á que haya llegado un discípulo suyo, jamás dejará éste de demostrarle tierno y respetuoso cariño. Llega á tal punto la veneración que se tributa al khodja, que si entra en la habitación de los primeros dignatarios del Imperio á quienes haya instruido, éstos le tienden cariñosamente la mano, contra sus usos orientales, lo conducen á un asiento, y le demuestran del modo más afectuoso cuán honrados se consideran con su presencia.

NECROLOGÍA

RDO. P. FRANCISCO RAVARY

de la Compañía de Jesús, misionero en Kiang-nan (China)

Una carta del Dr. León Dufour nos participa que ha pasado á mejor vida este venerable misionero á la edad de sesenta y nueve años, y cuando contaba treinta y cinco de ministerio apostólico en China.

«Médico mayor, nos escribe, en la expedición de China-Conchinchina (1860-1861), mantengo desde entonces afectuosa correspondencia con los misioneros de la Compañía de Jesús en Kiang-nan, y particularmente con el P. Ravary. Su imprevista muerte me ha afectado sobremanera. Con vivo interés había leído sus artículos publicados recientemente sobre el *Chang-hai cristiano y el Chang-hai pagano*. No dudo que vuestros lectores rogarán por el alma de este misionero, tan celoso como simpático.»

RDO. P. JOSÉ MOLLINGER

misionero en los Estados Unidos

Un sacerdote cuya vida ofreció los caracteres más extraordinarios, el Rdo. P. Mollinger, acaba de fallecer en Pensilvania.

Nació en Alemania de padres protestantes, y cursó la medicina; mas al terminar la carrera sintióse llamado á vocación más excelente y abrazó nuestra Santa Religión, siendo ordenado de sacerdote una vez terminados los estudios teológicos.

Indispuesto con su familia á causa de su conversión, partió para América, donde ejerció primero el santo ministerio en la diócesis de Erié, y rigió más tarde la parroquia de Munt-Troy, cerca de Pittsburgo.

Era su corazón verdaderamente de apóstol, y si la ciencia que había adquirido en la medicina le servía para indicar remedios, de un modo especial fué venerado por las mercedes que obtenían sus bendiciones y las reliquias de San Antonio de Padua, á quien profesaba devoción tiernísima. En honor de este Santo hizo dedicar una magnífica capilla el domingo de la Santísima Trinidad del año 1892, siendo prodigioso el número de enfermos que asistió á la fiesta.

Las fatigas del apostolado quebrantaron su salud, y conociendo que había llegado su hora postrera, quiso bendecir al pueblo reunido en la plaza de la iglesia. Este fué su último acto de caridad. La noticia de su muerte sembró la consternación en el país, pues era profundamente amado, aun de los mismos protestantes.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

D. José Compte, de Fatarella. 100 ptas.

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.